

# EL OJO DE LA LUNA



IVAN OBOLENSKY



SMITH-OBOLENSKY  
M E D I A

Título original: *Eye of the Moon*

Primera edición (en inglés): febrero de 2018. © Ivan Obolensky

© 2020 de la traducción: Dynamic Doingness, Inc.

© 2020 de esta edición impresa: Smith-Obolensky Media

P.O. Box 453353

Miami, FL 33245

<https://smithobolenskymedia.com>

<https://ivanobolensky.com>

Cubierta basada en el diseño original de Nick Thacker, Turtleshell Press

Traducida por Germán González Correa

Fotografía del autor por Jeremy David

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales hechos o situaciones son pura coincidencia.

ISBN: 978-1-947780-09-5

*A Mary Jo, quien me inició en la escritura.*

## NOTA PARA EL LECTOR

*Esta es una obra de ficción, producto de mi imaginación. Como la mayoría de las historias, se encuentra anclada en alguna forma de realidad. Rhinebeck existió. La visité unas cuantas vacaciones en mi infancia, pero influyó en mi vida mucho más de lo que podría suponerse, dado el corto tiempo que pasé allí.*

*Los personajes de esta novela no son reales, aunque algunos de los nombres son de personas que vivieron y que en su mayoría han fallecido. Ninguna de ellas dijo o hizo las cosas que escribí, más allá de las meras convenciones.*

*La novela tiene lugar en los años setenta, antes de que existieran los teléfonos celulares y cuando las computadoras personales apenas despegaban.*

*Esta obra fue escrita con un solo propósito: deleitar al lector. Si lo logra, habré cumplido ese cometido. Es, después de todo, un cuento, y me gustan los buenos cuentos, a la mayoría de la gente le gustan. Espero que disfruten tanto leyendo la novela como yo disfruté al escribirla.*

---

**A**menaza con llover, pensaba la mañana de aquel miércoles, en la primavera de 1977, mientras miraba por la ventana. Esperaba el desayuno en mi habitación del hotel St. Regis, en Nueva York. Cuando llamaron a la puerta, abrí en bata de baño, pero, en lugar de un camarero con un carrito de servicio, entró Johnny Dodge.

—Oh, no —murmuré.

Johnny pasaba apenas los treinta años. Su cabello era rubio y largo, lucía delgado y en buena forma. Vestía un traje oscuro a rayas, y del bolsillo del saco sobresalía un pañuelo azul con pequeños lunares blancos, que hacía juego con su corbata. En su camisa color crema y de puños franceses llevaba unos pequeños gemelos de oro de Cartier. Los reconocí porque yo mismo se los había regalado años atrás.

Éramos prácticamente como hermanos. Crecimos juntos. Mis padres y los suyos eran buenos amigos, pero los míos viajaban con frecuencia fuera del país. Todos pensaban que un estilo de vida nómada como el de mis padres no era en definitiva el que más me convenía y que debía instalarme de manera permanente en casa de los Dodge. Había mucho espacio en su apartamento de la Quinta Avenida, en el piso catorce, con vista a Central Park. Dormí en la misma habitación que Johnny y asistí a las mismas escuelas. Me consideraban una especie de Dodge, lo cual representaba, según Johnny, ciertos privilegios, pero también, y no menos importante, algunas obligaciones asimétricas de cumplimiento inmediato,

incluso ahora, varios años después.

Quería cerrar la puerta, pero no lo hice. Sabía que él simplemente seguiría tocando o me emboscaría cuando tratara de salir.

—Y un saludo para ti también, Percy —dijo Johnny—. Sé que esperas el desayuno. No te preocupes, lo subirán en un minuto. Devolví el pedido y añadí algunas cosas porque desayunaré contigo. Tenemos mucho de qué hablar y hay un auto esperando abajo, pero nos ocuparemos de eso en su debido momento.

—¿Vamos a algún lado? ¿O solo al aeropuerto para tomar mi vuelo de regreso en la tarde a California?

—Sí, claro, por supuesto. —Sonrió, me dio una ligera palmada en el hombro a modo de saludo y luego empezó a frotarse las manos, expectante, mientras miraba a su alrededor—. Bonita habitación —dijo, cambiando de tema.

Johnny podía llegar a ser exasperante. Sabía exactamente qué decir y qué hacer para que yo siguiera sus planes. Siempre se aprovechó de mi sentido de la obligación hacia él y su familia, y estaba seguro de que esta vez no sería la excepción.

—Johnny, no quiero entrometerme, pero ¿cómo te enteraste de que estaba aquí?

—El conserje está en la nómina de la familia Dodge; como si no lo supieras. Pero me alegro de que así sea y tú también deberías alegrarte.

—¿Alegrarme?

—Sí, deberías estar contento. Te estoy salvando el pellejo.

—Oh, Dios...

Supe entonces que la situación era peor de lo que imaginaba. La magnitud de una dificultad en la que Johnny estuviera involucrado era directamente proporcional a lo que él consideraba la culpa de alguien más.

—Nada de «oh, Dios». Crees que tengo un gran problema porque te culpo. Pero ten la absoluta seguridad de que también estás en problemas. Piensa en la última vez que estuviste en Rhinebeck.

Rhinebeck era el nombre del poblado, en el condado de Dutchess, donde se encontraba la propiedad de cien hectáreas de los Dodge, situada en un alto acantilado con vista al río Hudson. Johnny y yo la llamábamos *hacienda Rhinebeck*. La visitábamos con frecuencia durante las vacaciones escolares y años más tarde se convirtió para nosotros en un refugio de fin de semana.

Johnny se quitó la chaqueta y la puso sobre la cama antes de sentarse en una de las sillas que miraban hacia la ventana, esperando mi respuesta.

—La última vez que estuve en Rhinebeck fue contigo, hace unos años. Francamente, mi memoria está un poco borrosa.

—Seguro que así es. Estuviste en un marasmo alcohólico la mayor parte del tiempo, y debo admitir que yo también, pero eso no importa. ¿Tienes algún recuerdo de que tú y yo hayamos bebido un par de botellas de Château Lafite?

Rhinebeck tenía una cava excepcional a la que Johnny y yo descendíamos a menudo, subrepticamente.

—Lafite. Sí, muy buenas, si mal no recuerdo. De hecho, eran realmente excepcionales. No olvido tu deleite cuando descubriste esas dos botellas en la parte de atrás de la bodega. Nos bebimos las dos, una tras otra, y no parabas de decir que era un vino digno de los dioses.

—Bueno, puede que haya sido el caso, pero ¿recuerdas la cosecha? Piensa con cuidado.

Traté de recordar y contesté:

—Desafortunadamente, no. Pero no olvido que dijiste que afrontaríamos las consecuencias cuando llegara el momento, si alguna vez se descubría nuestro robo.

—Lástima que no recuerdes el año, porque yo tampoco, y me temo que es hora de afrontar esas consecuencias. Déjame explicarte. Como bien lo sabes, mis padres han disfrutado muchos años de felicidad conyugal y se acerca un aniversario importante. Decidieron celebrar la ocasión con una cena íntima para un número selecto de huéspedes este fin de semana. Por cierto, estás invitado. Me las arreglé para mencionarles que te sentirías despreciado si no te invitaban, ya que estabas en la ciudad y eres de la familia; o, al menos, casi de la familia.

Johnny metió la mano en el bolsillo del pecho y colocó sobre una mesa auxiliar un pequeño sobre de papel grueso de color crema. Reconoció la letra de la secretaria de la señora Dodge.

—Tu invitación personal... Sé cómo reaccionarías si te dijera simplemente que estás invitado.

Antes de que pudiera protestar, sonó el timbre y Johnny se levantó de un salto para abrir la puerta. Dos carritos con el desayuno entraron en la habitación y al instante se armó lo que parecía un verdadero banquete. El problema debía de ser grande. Johnny estaba desplegando toda su artillería. Agradeció a los camareros y les dio un par de billetes.

—Guarden el cambio —les dijo y los condujo a la puerta.

Tomé un pedazo de pan tostado, una taza de café negro y di una mirada a los huevos benedictinos.

—Bueno, Johnny, me tienes seriamente preocupado. ¿Qué sucede?

—Ah, sí, ya te cuento. Comamos primero.

—¡Johnny!

—Está bien, pero me muero de hambre.

Se sirvió una taza de café y tomó un trozo de pan tostado con tocino, que comenzó a masticar entre frases. Yo comía y escuchaba.



—Hace algunos años, mis padres decidieron guardar en el fondo de la cava de Rhinebeck un par de botellas de Château Lafite 1959 para abrirlas en un aniversario muy especial. Era su secreto pero, la semana pasada, los oí hablar de él. Bueno, imagina mi horror cuando descubrí que eran las mismas botellas que tú y yo bebimos hace algún tiempo. No las dejaron bajo llave en Nueva York, donde deberían haber estado, sino expuestas a la vista de todos. Y ahora ellos esperan disfrutar en la cena de este sábado el vino de la que se ha considerado una de las mejores cosechas de Château Lafite jamás producida. Apenas puedo imaginar la sorpresa y la indignación que sentirán cuando descubran que esas dos botellas desaparecieron.

—Ya veo. Pero ¿realmente las bebimos? Tal vez no fue así y todavía están ahí.

—Puede ser cierto y ese el problema. Debemos estar seguros o idear un plan para reemplazarlas.

—Puede que no sea muy difícil restituir las —dije—. Corrígeme si me equivoco, pero ¿no hay más cajas de Lafite en esa cava?

—Sí, hay, pero no del 59 ni del 61, te lo aseguro. Las botellas de esos años son muy raras. Incluso mis padres escribieron pequeñas notas de amor en las etiquetas. La preocupación me tiene casi enfermo, y no dejo de pensar que nuestro robo está por salir a la luz; justo en una semana como esta.

—¿Fue una mala semana?

—Horrenda. —Johnny se levantó y comenzó a caminar de un lado a otro. Definitivamente, algo le molestaba. —He cargado un gran peso sobre mis hombros durante los últimos días. El informe financiero mensual estará listo el viernes y mi padre recibirá una copia para revisarla durante el fin de semana. Te aseguro que no será un momento feliz. A veces maldigo que tengamos un negocio familiar.

—¿El informe es malo?

—Horrible. Realmente lo arruiné todo. La compraventa se concretó en el momento equivocado, lo que elevó mis pérdidas del mes. Mi padre sabe de algunas de ellas, pero no de los intentos de arbitraje de anoche, que realmente resultaron mal. No estará muy contento después de recibir el informe. Añade a eso el vino perdido, que esperan con ansias, y mi prometedora carrera podría irse al demonio.

Johnny se dirigió a la ventana. Abrió la cortina y miró hacia afuera distraídamente. Mi experiencia me decía que llegaríamos pronto al meollo del asunto.

—Y luego está el tema de Brunhilde —susurró.

—¿Brunhilde?

—Sí, Bruni.

Se apartó de la ventana y tomó asiento en su silla. Suspiró y empezó a mordisquear nerviosamente otro trozo de tocino. Dejé que se tomara su tiempo. Por fin, se detuvo y me miró.

—Y, para rematar, mi madre quiere nietos y está ansiosa por verme casado. Propuso a Brunhilde como una posible pareja. No es que pueda obligarme. Después de todo, estamos en el siglo XX, pero comenzó a aumentar la presión como solo las madres saben hacerlo. Todo este asunto empieza a crear tensión entre nosotros. Sé que perderá la paciencia si se desmorona esta última táctica suya. Para darte una idea de lo que implica, déjame decirte tan solo que los padres de Brunhilde son el barón y la baronesa Von Hofmanstal. Muy convenientes y muy ricos. Mi madre invitó este fin de semana a los tres a la cena especial en Rhinebeck y a recorrer el lugar.

»Brunhilde, según mi madre, es extraordinaria y capaz de detener el tráfico, lo que es una buena noticia, sin duda alguna. La mala noticia es que la sola idea de asentarme con cualquiera me pone muy nervioso. Una vez me leyeron el tarot, por no hablar de otros métodos para adivinar mi futuro marital, y todos señalaron con

total certeza lo mismo: no lo hagas. Uno de esos adivinos fue más lejos y pronosticó que casarme podría acarrear una perturbación planetaria de proporciones cataclísmicas y me suplicó de rodillas que nunca lo hiciera. Sé que piensas que es demasiado dramático, pero ese incidente me afectó mucho, y hasta la fecha he evitado satisfactoriamente tales enredos.

»Además, me enamoro con demasiada facilidad, y eso siempre ha sido un problema para mí. Nada indica que mi carácter haya cambiado o que vaya a cambiar pronto, así que prefiero renunciar a toda costa al matrimonio. Pretendo seguir adelante con mi determinación, pero no sé si pueda resistirme a una joven hermosa, a las maquinaciones de mi madre y a un futuro seguro y prolongado de gran riqueza; de ahí, nuestra conversación.

—Vaya, Johnny, esa es toda una declaración sobre tu naturaleza. Nunca dejas de sorprenderme.

Bebí más café. El desayuno estaba logrando su cometido y el hecho de que Johnny fuera tan franco había suavizado mi determinación de resistirme con firmeza a acompañarlo hasta Rhinebeck. La majestuosa belleza de la casa matizaba gran parte de mis recuerdos, pues, entremezclados entre los largos intervalos de tranquilidad y felicidad, hubo períodos de inquietante perturbación y más de un caso de terror que me impedían simplemente consentir.

—Sí, hasta yo puedo a veces ser consciente de mis propias limitaciones. Pero, no es todo; hay algo más. Puede que me haya topado con Brunhilde antes y volverla a ver podría resultar muy incómodo.

—Ah, ¿sí?

—Sí, por supuesto. Estoy bastante seguro de haberla conocido. Quiero decir, ¿con cuántas mujeres llamadas Brunhilde, que tengan el pelo negro, los ojos de un color azul eléctrico y se apelliden Von-algo puede uno encontrarse? Nunca entendí por completo el

apellido de esta mujer. Realmente, me gustaría olvidar ese encuentro. Le atribuyo la culpa por completo a ese condenado Robert Bruce.

—¿El rey escocés del siglo XIV o tu terrier blanco?

—El perro.

—Me dijiste que fue desterrado para siempre a Rhinebeck. ¿Asumo que tiene algo que ver con eso?

—Así es —Johnny se levantó, se sentó y suspiró profundamente—. No le he contado a nadie esta historia y la comparto contigo bajo la más estricta confidencialidad, solo porque, de ser la misma Brunhilde, podrás entender mi aprieto.

—Escucho.

—Hace unos años, muy temprano una mañana, llevé a Robert a dar un paseo al otro lado de la calle, hasta Central Park. Yo salía con Laura Hutton en ese momento. Le gustaban mucho los perros, así que compré el cachorro Robert Bruce para impresionarla. No tenía ni idea de que esa raza era tan testaruda ni de que comía cualquier cosa que no estuviera amarrada. Quiero decir, comprar ese perro fue como saltar desde un precipicio y pensar que algo se resolvería en el camino. No tenía ni idea de lo que hacía.

»La criatura estaba obsesionada con las pelotas de tenis. Yo siempre llevaba un par para lanzarle y que hiciera un poco de ejercicio, además de una adicional para atraerlo y amarrarlo cuando yo quisiera volver a casa. Por supuesto, el pequeño bastardo se hacía el tímido y esperaba a unos cuantos metros, mirándome con esos ojos pequeños y brillantes, hasta que me acercaba y le quitaba la maldita pelota de entre las mandíbulas. Yo rezaba para que no me arrancara la mano, mientras él intentaba agarrar la pelota con más fuerza. También tenía que lanzarla de nuevo con rapidez o, si no, me la arrebatava de los dedos con sus dientes.

»Esa mañana en particular, estábamos jugando con la pelota cuando vi subir a esta hermosísima mujer con dos labradores amarillos. Les quitó la correa y se detuvo cerca de mí. Preguntó si el bravucón era mi perro y cómo se llamaba. Parecía de mi edad y tenía mi estatura, llevaba el pelo negro, una piel maravillosa y pálida, y los ojos más azules que haya visto en mi vida. Era absolutamente imponente, tanto que me olvidé por completo de Robert, que mordía la pelota a unos metros y esperaba que yo fuera a buscarla. Normalmente, mi respuesta era muy rápida, porque, si dejaba que se las arreglara solo, mordía la condenada pelota hasta hacerla pedazos. Esta vez la empujó hacia mí, esperando llamar mi atención. Pero uno de los otros perros la interceptó y huyó con ella.

»Bueno, la cosa se convirtió en un amigable jaleo, con perros que iban y venían de un lado para otro. Continuamos hablando y de vez en cuando mirábamos si todos se estaban comportando. Yo estaba de cara a los perros y ella de espaldas. Entonces, Robert decidió que tanta emoción había sido un estímulo suficiente como para evacuar su vientre. Se agachó, mientras los otros dos perros seguían jugando con la pelota. Todo parecía normal hasta que advertí que le estaba tomando más tiempo del habitual. Me pregunté qué habría estado comiendo últimamente. Robert Bruce se hallaba a cierta distancia, pero el color de lo que salía era decididamente verde, y eso era extraño.

»Mientras yo miraba, uno de los perros le pasó la pelota a Robert, que por un instante detuvo lo que hacía y se lanzó a agarrarla. Luego, procedió a realizar varias carreras, paradas y agachadas, mientras los otros dos perros trataban de quitarle la pelota. Cuantas más veces hacía esto, más largo se volvía el tronco verde marrón. Para entonces, la longitud era tal que incluso el dueño de un gran danés se habría asombrado, y seguía creciendo. Me sentí incómodo, pero aún estaba cautivado por la bella mujer

que tenía ante mí y continué hablándole como si nada sucediera, mientras la parte más sensible de mi cerebro empezaba a registrar todo aquello con cierta alarma. Sus perros ladraban cada vez más fuerte y su conmoción crecía con la actuación hercúlea de Robert. Yo esperaba, sin embargo, que todos se marcharan.

»Intenté mantener a la hermosa dama mirando hacia mí, pero el alboroto resultaba excesivo. Entonces, se dio vuelta para ver lo que pasaba. Parecía un poco sorprendida y, con voz jadeante, dijo:

—¿Le sucede algo a tu perro? Parece que le está saliendo algo del trasero.

—Oh, es bastante normal —le respondí eso o alguna tontería semejante, tratando de restarle importancia al asunto; pero, a decir verdad, parecía que algún mago perverso estuviera haciendo un truco espantoso con mi perro. La cosa tenía ahora casi un metro de largo y, para empeorarlo todo, Robert había empezado a avanzar hacia nosotros. La pelota quedó en el olvido y los dos labradores lo seguían, ladrándole agresivamente a esa especie de serpiente que arrastraba tras él.

»No quería tener nada que ver con ese perro, pero Robert había decidido, justo en esta ocasión, traerme la pelota. Mientras se acercaba, la maravillosa mujer a mi lado sugirió que buscara un palo o algo parecido para ayudar a librar al pobre Robert de aquello que le estaba costando expulsar.

»Su sugerencia no le hizo ganar muchos puntos, ya que mi concepto de mortificación total se redefinía y crecía exponencialmente con cada segundo que pasaba. Me sentía en una especie de película de terror y no lograba entender lo que sucedía, hasta que reconocí lo que Robert estaba evacuando.

»Laura había estado extrañando una de esas bufandas grandes y caras. Indignada por la pérdida, aseguraba que la tenía cuando llegó a cenar la otra noche y que alguien, probablemente del servicio, la

había robado. Laura podía llegar a conclusiones apresuradas, pero yo tenía la respuesta ante mí: Robert se la había comido. Enigma resuelto.

»Murmuré un comentario disparatado; Robert Bruce se encontraba ahora a mi lado. Golpeaba mi pierna con la pelota, para que yo la tomara, cuando uno de los perros de la mujer se las arregló para pararse en el extremo de la bufanda en el momento justo en que Robert daba un salto: treinta centímetros más salieron y la asquerosidad completa cayó al suelo. El hedor era insoportable, aunque el alivio fue inmediato. Robert saltó entonces más de medio metro en el aire con la pelota en la boca para llamar mi atención.

»Instintivamente, la tomé de sus dientes y la lancé lo más lejos posible. Todos los perros corrieron tras ella.

»Miré fascinado lo que quedaba de la bufanda de Laura y dije:

—¡Dios mío! Mira eso. Es una Hermès.

—Pues bien —la mujer a mi lado interrumpió mis reflexiones—, no dejarás eso en el suelo... ¿No vas a recogerlo y tirarlo a la basura?

»Por supuesto que quería dejar la maldita cosa ahí tirada. ¿Qué más podría hacer con eso? Solo que no fue lo que dije. Era hermosa, pero se estaba volviendo un tanto inquisidora. Todo lo que yo quería era huir. En circunstancias normales, hubiese salido corriendo, esperando que Robert me siguiera, pero ella se paró frente a mí, bloqueando el camino, y continuó señalando que de alguna manera yo debería hacerme responsable del absurdo elemento que yacía frente a mí. Cualquier chispa que hubiese podido haber entre nosotros se estaba desvaneciendo rápidamente. Ceder a sus demandas parecía el único camino viable.

»No había árboles cerca, así que me alejé buscando alguna especie de palo para recoger la cosa y llevarla a un basurero. Robert y el resto de los perros me siguieron con la pelota. Descargué mi

frustración arrojándola muy lejos, y los perros corrieron de nuevo, persiguiéndola.

»Después de buscar varios minutos logré encontrar un par de palos adecuados y regresé. Esperaba que durante ese tiempo ella se hubiera marchado con sus perros. Pero no, había esperado y me miraba mientras yo recogía con cautela la pegajosa monstruosidad, la dejaba caer accidentalmente, la recogía de nuevo, caminaba unos cuantos pasos y repetía el procedimiento. Cuando por fin llegué al cesto de basura, me deshice de esa cosa de una vez por todas. Estuve a punto de vomitar varias veces en el trayecto, pero al final logré mi cometido. La maldita cosa era sorprendentemente pesada.

»Solo después de verificar que yo había tirado los restos, ella silbó —de manera impresionante, pensé en ese momento—, les puso los collares a sus dos perros y se marchó.

»Llamé a Robert. Creo haberle gritado bastante fuerte: «¡Maldito bastardo!». Ella se encontraba a cierta distancia, pero giró, me miró con desprecio y siguió caminando.

Johnny se detuvo y tomó un sorbo de café.

—¡Santo cielo! —dije—. Debió de ser *muy* embarazoso. ¿Supo tu nombre?

No creo haberlo dicho nunca, pero podría reconocerme si nos volviéramos a ver. Aunque yo, claramente, la reconocería. Por desgracia, ese no es el final de la historia. Hay otra parte, que es la cereza del pastel.

—Dudo que puedas empeorarlo.

—*Au contraire*. Pude darle un buen vistazo a la bufanda mientras la sostenía con el palo, sintiendo arcadas a cada paso, y me di cuenta de que la seda todavía estaba en buena forma. No se veían marcas de dientes o rasgaduras. Como era la favorita de Laura, y tal vez porque me sentía un poco culpable por buscarle charla a esa bella arpía de ojos azules, decidí que mi penitencia consistiría en rescatar



los restos de la basura y limpiarlos. Una completa locura, sin ninguna duda, pero había visto una bolsa de papel vacía en el mismo cesto, lo que me llevó a pensar que podría ser una buena idea. Robert regresó, le puse la correa y volví con él adonde había tirado los restos. La bolsa estaba allí, pero los palos se hallaban en el fondo y fuera de mi alcance. Consideré lo que habría que hacer y concluí que era imposible evitarlo: tenía que recoger la bufanda sucia por un extremo con mis dedos. Puse la correa de Robert en el suelo, me paré sobre ella para liberar mis manos y, luego, saqué la cosa horrorosa del cesto. Intenté sujetar la bolsa por debajo con la otra mano, pero la bufanda era demasiado larga, así que me vi obligado a agarrarla por el medio. Imagina mi sorpresa cuando vi venir nada más ni nada menos que a esa bruja con sus dos perros. Se detuvo a corta distancia, boquiabierto por un momento, y luego se dio vuelta. La mirada en su rostro era de una repulsión y de un disgusto tales que espero no vivir de nuevo algo así, mucho menos con una mujer tan atractiva. Fue horrible... Espantoso. Increíblemente bochornoso.

—¿Así que crees que puede ser la misma joven?

—Exacto. Miremos las probabilidades. Digamos que es la misma mujer y se encuentra de nuevo al mismo hombre con el mismo perro, pero en un lugar diferente. ¿Qué crees que sucedería?

—Odiaría decirlo —aventuré—, pero, definitivamente, no quiero adelantarme.

—Muy gracioso. ¿Qué oportunidad crees que tenga ese hombre de establecer una especie de relación? Y ni pensar en hacer una futura propuesta de matrimonio...

—Bueno, las probabilidades de que sea la misma mujer son muy remotas, pero estoy de acuerdo. Si, por alguna extraña vuelta del destino, la mujer que conocerás en Rhinebeck es la misma a la que sometiste a ese calvario, pensaría que tienes muy pocas

posibilidades de éxito. Por cierto, si no te importa que pregunte, ¿qué pasó con la bufanda?

—Finalmente, metí el esperpento en la bolsa y lo llevé a una tintorería en otra parte de la ciudad. Fui sincero en cuanto al hecho de que la prenda se había manchado con un poco de excremento de perro, lo que explicaba que la bolsa estuviera atada con una cuerda; sin embargo, tal vez no revelé el grado completo de suciedad. Le di al encargado cien dólares por adelantado por sus servicios luego de pedirle enfáticamente que abriera la bolsa lejos de la vista del público. Era lo máximo que podía hacer. El resultado fue más que mediocre. Los colores se veían desvanecidos y, para cuando recuperé la bufanda, Laura y yo no estábamos juntos ya. Envié a Robert al campo, donde pudiera correr, y le puse la bufanda alrededor del cuello como despedida. La sigue teniendo, hasta donde yo sé.

—Bueno, si es la misma joven, tal vez quieras enterrar la bufanda. Pero ¿cuáles son las probabilidades?

—¿Cuáles calculas que son?

—Remotas. Muy remotas. ¿Una en mil millones?

—En general, estaría de acuerdo contigo, pero creo que la vida tiene ideas acerca de las probabilidades que difieren mucho de las nuestras, hasta el punto de apostar que Brunhilde von Hofmanstal y Brunhilde la de los perros son una y la misma. Además, una vez leí sobre un cálculo que concluía que todas las personas que lleguen a vivir setenta años o más experimentarán durante su vida al menos dos eventos improbables.

—Recuerdo haber leído eso también.

—De modo que me entiendes. Esta puede ser mi probabilidad de una en mil millones, y creo que deberías acompañarme a Rhinebeck para ver con tus propios ojos si es ella o no. ¿Qué dices?

—Déjame pensarlo. Admito que en un principio no iba a acompañarte, aunque la situación es intrigante. Pero ¿qué hay de mi vuelo?

—No te preocupes, ya me he encargado de todo. Cancelé tu reservación y viajarás en el Lear de la compañía el lunes, desde Teterboro hasta Van Nuys, a eso de las tres.

—Eso suena un poco presuntuoso —dije con cierta alarma.

—Lo sé. Lo sé —respondió levantando las manos—. Mira, no puedo decirlo más claro: ¡Por favor!

Johnny se acercó a la ventana otra vez. Se quedó ahí, mirando hacia afuera. Había sentido un tono inusual de desesperación en su voz y eso me inquietaba más que lo que podía haber dicho. Él nunca fue de los que expresan sus verdaderas motivaciones a nadie, al menos no en la primera oportunidad, ni siquiera en la segunda. No me estaba contando toda la historia; eso lo sabía. Pero me preocupaba por él y me sorprendí a mí mismo al decir:

—Considéralo hecho. Voy contigo.

—¿Vienes? —Se volvió hacia mí claramente aliviado.

—Sí.

—Es la mejor noticia que he tenido en mucho tiempo. Lo digo en serio. ¿Me ayudarás con el asunto del Lafite?

—Por supuesto.

—¿Y con Brunhilde?

—No estoy seguro de cómo, pero lo intentaré. ¿Qué quisieras que haga?

—No lo sé. ¿Que hables con ella?

—Supongo que podría hacerlo, pero dudo que esas dos cosas sean el verdadero problema, ¿no? —Me miró cuidadosamente.

—Ha pasado tanto tiempo que olvidé lo bien que nos conocemos. Tienes razón, por supuesto, pero tendrás que esperar por esa respuesta. ¿Puedes hacerlo?

—Puedo, si debo.

—Entonces, está decidido. Mejor empecemos a movernos. Debes hacer las maletas, el auto está esperando abajo. Apresúrate.

Cualquier vulnerabilidad que él hubiera mostrado se había desvanecido en un instante. Siempre era así, pero yo sabía que tenía problemas, y ese era un día extraño. Me había pedido ayuda, y eso era más extraño aún.

---

**D**espués de haber decidido alterar mis planes y acompañar a Johnny a Rhinebeck, me vestí rápidamente, empaqué y salí del St. Regis. Tal como lo había anunciado, un auto nos esperaba para llevarnos hacia el norte, bordeando el río Hudson. Justo empezaba a llover.

Johnny y yo nos acomodamos en la larga limusina negra para las dos horas de viaje. Mientras subíamos por el parque, le pregunté:

—¿Ha cambiado mucho Rhinebeck?

Johnny se quitó la chaqueta y puso los pies en el asiento plegable de enfrente antes de contestar.

—Básicamente, sigue igual. Algunas mejoras en la cocina; modernizaron las estufas, la refrigeración, las alacenas, pero sigue casi como lo recuerdas. Stanley y Dagmar, firmes como siempre. Stanley todavía usa un traje de mañana y sigue en todo el modelo de un mayordomo inglés, pero ahora tiene un nuevo ayudante, un joven llamado Simon, que se ocupa de las tareas más mundanas, como pulir la cubertería de plata, aunque también ayuda en la mesa. Las campanas han sido reemplazadas por timbres electrónicos.

»Dagmar manda en la cocina y sigue preparando la comida tan bien como siempre. Espera con ansia las cenas, pues así puede comandar un equipo de asistentes, pero estas son cada vez menos frecuentes. Tiene una ayudante permanente llamada Jane, que también es nueva. Y Harry, el jardinero, sigue allí, tan hosco como de costumbre, y ahora comanda una flota de cortadoras de césped nuevas y más veloces. Los terrenos lucen immaculados; ya verás.

—¿Sabes?, todavía sueño con las tostadas en esas canastillas de plata en el desayuno y con el famoso caldo escocés de Dagmar en el almuerzo. En mi mente, Rhinebeck sigue siendo un lugar misterioso y maravilloso.

—Sigue tan misterioso como siempre —dijo Johnny volviéndose hacia mí—. Como sabes, la tía abuela Eleanor, quien construyó el sitio, se dedicaba a la adivinación, los pronósticos, la brujería, ese tipo de cosas... Creo que esas cualidades se fundieron con la propiedad misma. Además, según algunos, atrapó a mi abuelo, el viejo John B. Dodge, valiéndose de esas artes. Otros dicen que fueron su belleza y unos pechos sin igual en su generación. Me inclinaría por lo último, pero nunca se sabe.

—¿Eleanor era una cazafortunas?

—Difícilmente. Venía de una familia honrada de banqueros de Filadelfia. Aun así, la consideraron bastante escandalosa en su época. Se decía que los clérigos la evitaban como a la peste, ya fuera porque podía tentarlos por caminos que era mejor dejar inexplorados o por su gusto por lo oculto. Resulta difícil saber qué les asustaba más.

»Después de que Alice nació, y luego de varios años tumultuosos juntos, se divorciaron, lo que no mejoró la reputación de Eleanor. Desgraciadamente, murió poco después, y Alice la reemplazó en el departamento de los escándalos, justo donde Eleanor lo dejó.

Asentí con la cabeza.

—Yo diría que la superó, pero Alice me encantaba cuando era niño. Siempre fue muy carismática.

—Lo era, pero, en el fondo, su vida era un desastre. Todos sus matrimonios fracasaron, porque estaba inmersa en su investigación o correteando con alguien más. Dudo que algún hombre hubiera podido retenerla. Y siguen circulando historias sobre su muerte, a pesar de que han pasado tantos años.

—Ah, sí. El famoso titular «Dama de la alta sociedad muere en circunstancias misteriosas» que entonces puso a todos a especular.

—Es cierto, y mis padres todavía guardan silencio sobre lo que pasó.

—¿Crees que saben algo?

—Sospecho que más de lo que dicen. De vez en cuando intento que hablen de ello, pero hasta ahora con poco éxito. Mi madre cambia de tema, y mi padre ignora por completo las preguntas. Él era muy cercano a Alice, quizás más que nadie. Creo que su muerte lo sigue afligiendo.

Johnny miraba la lluvia por la ventanilla del auto, mientras yo retrocedía en el tiempo y me maravillaba de lo hábilmente que nos habían ocultado la verdad sobre ese tema. Johnny y yo no asistimos al funeral de Alice porque se consideraba inapropiado para los niños. Transcurrieron muchos años antes de saber lo sensacional que había sido su muerte. No era que no la conociéramos. Pasábamos vacaciones en su casa y la veíamos con frecuencia. Nos intimidaba. De alguna manera, agradecía que guardáramos solo los recuerdos felices de su vida.

Johnny se estiró y dijo:

—No culpo a mis padres por no hablar de su muerte. Fueron tiempos oscuros. La prensa disfrutó a sus anchas. «La trama se complica. La Policía investiga». Ese tipo de cosas... Los titulares bastaban para crearle a cualquiera una opinión sesgada sobre el tema. Además de eso, no hubo testamento. Aunque gran parte se aclaraba con los numerosos fideicomisos con los que manejaba sus finanzas, una parte importante no estaba cubierta. No puedo creer que sus asesores bancarios no la obligaran a redactar un testamento, aunque esos errores no son particularmente inusuales. Por cierto, espero no estar aburriéndote.

—En absoluto, su vida siempre fue un tema fascinante para mí. Ojalá la hubiera conocido mejor de adulto. Podría haberla apreciado más, pero la recuerdo con cariño como alguien imponente, que nos vigilaba siempre desde el fondo.

—Sí, sé a lo que te refieres. Era una persona a la que no podía pasarse por alto. Investigué un poco. No mucho, pero algo.

—¿Y qué descubriste?

—Desafortunadamente, no lo suficiente, pero hay algunas cosas que quizás no sepas. Sus compañeros en el mundo académico la consideraban una investigadora exigente y brillante, pero quienes la conocían socialmente pensaban que era descuidada en sus asuntos personales. El banco Mellon manejó la mayor parte de su dinero, aunque muchas cosas se pasaron por alto.

»Mi padre dijo que, al hacerse cargo de sus finanzas, luego de su muerte, encontró una gran cantidad de cuentas sin pagar, desde multas de estacionamiento hasta facturas de Van Cleef por unos aretes de diamantes. Tenía mucho dinero. Simplemente no le quedaba tiempo para los que consideraba detalles aburridos de la vida. Al final, él tuvo que arreglar todo el lío que ella dejó.

—Apuesto a que le tomó un tiempo —dije.

—Así es. Ella siempre estaba perdiendo cosas. Extravió uno o dos maridos. A uno lo abandonó en un lugar remoto, y le llevó años regresar a la civilización.

—Lo recuerdo... ¿Arthur Blain?

—Sí, ese mismo. Alice se casó con él después de divorciarse de lord Bromley. Y se separó de Blain en una selva sudamericana, justo antes de la temporada de lluvias. El pobre estuvo atrapado durante meses junto con su grupo. Se quedaron sin comida; bebieron agua malsana. Se habló de asesinato y canibalismo. Blain contrajo dengue y casi muere; tardó mucho tiempo en recuperarse. Volvió destrozado, rogando perdón por algo que hizo en el viaje, pero de



nada valió. Alice siguió su camino. Ni siquiera quiso verlo. Más tarde, él contó que ella había querido matarlo por algo que encontraron. Alice se lo robó y lo dejó a él allí para que muriera.

—No había escuchado nada de eso. ¿Crees que sea verdad?

—Por lo que tengo entendido, él era apenas un aficionado en cuanto a expediciones a la selva, así que dejarlo atrás podría interpretarse en algunos círculos como una sentencia de muerte, pero la verdad es que ella se quedó apenas con un morral. Él tenía la mayoría del equipo y a la cuadrilla. Todo estuvo bien sincronizado. Sobre lo que encontraron, no sé nada.

—Me sorprende que supiéramos tan poco de ella. Todo lo que nos decían era que estaba «ausente» por largos períodos.

—Las expediciones arqueológicas fueron una parte importante de su vida. Conocía muy bien lo que era una excavación. Y tenía el dinero suficiente para financiar y apoyar proyectos en todo el mundo. Solo me enteré de todo esto mucho después.

»En cuanto a la causa de la ruptura con Arthur, no descubrí nada concreto. Circulaba en ese momento una historia sobre él; que coqueteaba con alguien nativo de género indeterminado, lo que podría ser una buena explicación. Puedo entender que ella lo dejara, pero tuvo muchos compañeros, antes y después, y era muy engreída, así que no la veo marchándose ofendida. Tenía un lado reservado, así que, probablemente, había algo más.

—Se suponía que era muy abierta, ¿no? Los periódicos la describían como una de esas personas que se muestran tal cual son y, a menudo, su escasa vestimenta dejaba poco a la imaginación.

—Los periódicos la retrataron así con razón. Después del escándalo de Blain se volvió mucho menos discreta en su vida personal. Sus aventuras amorosas frustraban a mi padre, porque creo que la admiraba, y odiaba que su apetito por el sexo y el escándalo eclipsaran un gran intelecto que pocos podían apreciar.

Sus andanzas la hacían ver mal, según él, aunque creo que ella las utilizaba como un refugio.

—¿Un refugio para qué?

—Su privacidad, su coleccionismo y su investigación, supongo. Era una egiptóloga de renombre y autora de varias obras; sin embargo prefería que la gente la percibiera como una necia y una aficionada, cuando era cualquier cosa menos eso. Pero tú la conocías. Actuaba en muchos niveles.

—Recuerdo que podía leernos como a un libro. Siempre estaba un paso por delante de nosotros en cuanto a bromas.

—Exactamente. Mi padre trató de hacer lo mejor por ella en los asuntos prácticos, pero vivía en un mundo diferente al de todos los demás, sintonizada con lo que sucedía en el cosmos y sin interés por lo que ocurría aquí, en la Tierra.

—Ese era su problema, creo.

—Sí, y, como resultado, los que la rodeaban debían recoger los pedazos. Después de su muerte, algunas partes de su patrimonio que no estaban cubiertas por fideicomisos tuvieron que legalizarse y se volvieron públicas. El frenesí publicitario comenzó de nuevo. Mi padre era el albacea y, como era el último pariente vivo, la mayoría de los bienes pasaron a su nombre. No conozco todos los detalles. Mis padres pueden llegar a ser, y en realidad lo son, muy discretos en cuanto a los asuntos financieros, pero Rhinebeck, otro apartamento en Nueva York además del actual, una extensa biblioteca digna de una universidad importante, así como una gran parte de los activos financieros pasaron a su nombre y ayudaron a convertir a Dodge Capital en un protagonista de peso mayor.

—Leí algo sobre ella en una revista hace un tiempo. El artículo señalaba las sospechas que rodeaban su muerte y que estas aún persisten.

—Todavía siguen circulando rumores de asesinato. Mi padre fue quien más se benefició de su muerte, pero cuando ella murió, él se encontraba lejos, con mi madre, en Capri. El hecho de que él tuviera dinero propio más que suficiente debería haber silenciado los rumores, pero las historias continúan. Alice tenía muchos seguidores que se negaron a creer que simplemente había muerto.

—Aun así, las circunstancias fueron extrañas. Según un informe murió en Rhinebeck, en su cama, leyendo un *libro egipcio de los muertos*.

—Sí, y eso es verdad hasta donde yo sé. Recuerdo que en uno de los tabloides se leía en mayúsculas: «Dama de la alta sociedad murió por maldición del faraón. El misterio se ahonda». Los hechos deben de haber parecido bastante raros en ese momento. Puedo decirte lo que sé y mis propias conclusiones, si quieres.

—Por favor.

—Era una académica y un personaje de la alta sociedad. Leer un texto de este tipo no estaba fuera de lugar. Estoy seguro de que los profesores clásicos leen todo el tiempo a Homero en la versión original, en griego, por puro placer.

—¿Qué hay de todos los rumores de asesinato? Nadie nos habló de eso durante años.

—La Policía no halló nada sospechoso. Según los periódicos, se suponía que el libro tenía una pista, pero pocos sabían lo que era realmente un *libro egipcio de los muertos*. La sola mención del título creó sensación y ayudó a vender periódicos —dijo Johnny.

—Aún no estoy seguro de saber qué libro es ese.

—La mayoría de la gente tampoco lo sabe. En realidad, no existe una única edición del *Libro egipcio de los muertos*. En un principio, era una práctica restringida a faraones, pero resultó tan popular que los altos funcionarios del Gobierno comenzaron a usarlo también.

Finalmente, cualquiera que pudiera permitirse el lujo de que le escribieran uno lo utilizaba.

Cada libro se hacía a la medida, al menos hasta cierto momento en el que se estandarizaron y empezaron a contener innumerables hechizos, de los cuales se conocen apenas unos cientos.

»Algunos servían para preservar partes del cuerpo y ayudar a una persona a navegar por el inframundo. Otros permitían que uno saliera de día, tuviera poder sobre sus enemigos y, luego, regresara al inframundo en la noche, como una especie de vampiro antiguo. Incluso, había un hechizo para evitar que uno consumiera heces y orina.

—¡Espléndido! Justo lo que toda momia necesita.

—Se suponía que el libro se colocaba en el sarcófago del difunto como un mapa de ruta, una guía de supervivencia, un manual para casos extremos y un diario de viaje, todo en un solo instrumento, para que los muertos pudieran recorrer con éxito su camino a la otra vida.

—¿Alice simplemente estaba leyendo uno?

—No lo sé. Retuvieron el libro como evidencia y luego lo devolvieron, pero nadie parece saber a dónde fue a parar. No tenemos mucha información. Tal vez ni siquiera lo estaba leyendo. Quizás alguien lo puso allí como un mensaje o una advertencia. Los últimos libros trataban todos de juicios por transgresiones cometidas.

—Eso suena un poco siniestro.

—Depende de cómo lo mires. Yo podría estimar que existen fundamentos para un asesinato o también que se trató de una muerte accidental mientras probaba un hechizo difícil y las cosas se salieron de control. Sin embargo, todas son teorías. Por ahora, el certificado de defunción y la investigación policial no encontraron nada sospechoso, y esa es la única opinión concreta que hay.

Aunque eso no parece detener la especulación. Incluso después de muerta, el asunto no logra mantenerse al margen de los periódicos —concluyó Johnny.

—Me asombra que aún la rodee tanto misterio —suspiré—, aunque no es de extrañar por la sed de chismes y escándalos del público. Ella tenía una gran biblioteca. Tal vez allí podamos encontrar alguna pista de lo que estaba investigando.

—Hay que ver para creer lo que es esa biblioteca. Recuerda que estaba fuera de nuestros límites cuando éramos niños, y todavía lo está, hasta cierto punto. Algunas partes se mantienen cerradas, pero la determinación supera cualquier obstáculo y quizás tengamos tiempo para investigar. No me molestaría meterme en las partes cerradas. Escuché a mis padres hablando y dijeron que algunas firmas aseguradoras afirmaron no haber visto nunca algo como aquello. La biblioteca aún no ha sido analizada exhaustivamente, hasta donde sé. Dudo que revele sus secretos con una inspección rápida, pero al menos deberíamos ver ese condenado lugar.

—Excelente. Eso nos ayudará a pasar el tiempo antes de que todos lleguen.

—Seguro. Y hablando de cosas antiguas que brotan como la maldición de una momia, Maw llegará el viernes. La atenderá su hija, Bonnie.

—¡Santo Dios! Tu abuela ya parecía vieja cuando la conocí. No puedo imaginarme cómo luce ahora.

—Créeme, está muy viva y con más cara de bruja que nunca. Sugiero que te prepares para la acción, porque las cenas serán una fuente de entretenimiento que no podrás perderte.

—No volvió a montar a caballo, ¿verdad?

—No recientemente. Desde su última caída, varias juntas directivas a las que pertenece casi que le exigieron dejar de montar como una condición para seguir participando. Era eso o enfrentarse

a renuncias masivas. El proceso de recuperación, aparentemente, la tornaba muy beligerante.

—Imagino que sí. Bueno, la casa tendrá un gran reparto: Maw, Bonnie, Brunhilde, sus padres, tus padres, tú y yo. ¿Viene alguien más?

—No tengo idea, pero espero que la mezcla de invitados sea tan volátil que el informe financiero y el famoso robo del vino se vean opacados por las explosiones que presenciemos.

—Ojalá sea así.

—Voy a tomar una siesta. Despiértame cuando llegemos.

Johnny cerró los ojos mientras yo pensaba, para empezar, en mi decisión espontánea de hacer este viaje. Me sentía nervioso y no estaba preparado para lo que me esperaba. La familia Dodge, excepto Johnny, siempre había tolerado mi presencia, más que alegrarse por ella. Desde el principio, él me había aceptado plenamente en su vida como cómplice y por eso le debía mi apoyo inquebrantable, lo que explicaba hasta cierto punto mi decisión. Pero había otras consideraciones que me hacían dudar.

Rhinebeck encarnaba todo lo que era incierto en mi mundo mientras crecía. La casa era magnífica, pero tenía un lado oscuro que se colaba en mis sueños y no me dejaba dormir bien, incluso ahora. Johnny, en ocasiones, también había sido difícil de soportar. No siempre fue tan afable como podría haber sido, y a menudo no era posible penetrar la coraza con la que protegía sus pensamientos más íntimos.

Ahora mismo, sabía que algo le preocupaba, pero no tenía ninguna certeza. Se parecía mucho a la casa misma: con una fachada maravillosamente cautivadora, pero con agitadas y oscuras corrientes subterráneas. Su batalla se basaba en demostrar su valía en el seno de una familia que no sentía simpatía alguna por el fracaso. Yo mismo había vivido esa presión. Rhinebeck brindaba

reposo, pero no tranquilidad. Había una exigencia permanente de un desempeño muy alto, y el mejor recibía una aprobación, aunque limitada. Supongo que resultaba más difícil para Johnny que para mí, pues él era el hijo de la familia. Y aquí estábamos, una vez más, bajo escrutinio.

La colección de invitados añadía otro elemento de preocupación. Ponerlos a todos en la misma habitación era como arrojar varios lobos a un gallinero y esperar a ver qué sucedía.

Estaba Maw, la abuela de Johnny, la matriarca. Nació rica y se casó tres veces. El primer matrimonio fue con John B. Dodge, y de esta unión nació el señor Dodge. Luego, vino el divorcio y con este un acuerdo económico sustancial. Cada uno de sus dos maridos posteriores sobrevivió solo un par de años de matrimonio antes de fallecer; no se sabía si por agotamiento o simplemente por sentirse derrotados. Con cada muerte su fortuna se incrementaba exponencialmente. El último matrimonio había sido con un pilar del sector de ahorro y préstamo de los estados del sur; tuvo con él una hija llamada Bonnie.

La familia la conocía como Maw, pero yo la llamaba *señora Leland*, por el apellido de su último marido. Me producía un inmenso nerviosismo. Vivía para la discordia, y yo, en cambio, hacía cualquier cosa para evitarla.

La competencia y las confrontaciones entre el señor Dodge y su media hermana eran legendarias. Maw los enfrentaba entre sí. Aunque era rico por derecho propio, el señor Dodge no podía resistirse a aventajarla, y Bonnie estaba decidida a lograr que toda la fortuna de Maw le quedara a ella como compensación por las molestias y los inconvenientes que su medio hermano le había causado. Las propiedades de Maw incluían el apartamento en la intersección de la Quinta Avenida con la calle 61, donde los Dodge

vivían actualmente. Bonnie soñaba con el día en que pudiera echar a la calle de una vez por todas a la cuadrilla Dodge.

Entonces, cantidades colosales de dinero cambiarían de mano, dependiendo de quién ganara la prueba de fuerza entre los dos hermanos. Maw se divertía fustigando con frialdad a cualquiera que aflojara en los esfuerzos por ganar el premio máximo, reservado para quien obedeciera y complaciera cada uno de sus caprichos.

Aunque las contiendas familiares y su riqueza le interesaban, estas no eran su pasión. Ese fuego lo había reservado exclusivamente para sus caballos y sus perros. Los adoraba.

La mujer que recordaba era una jinete formidable. Caballos briosos dispuestos a tumbar a sus jinetes a la primera oportunidad se quedaban inmóviles, resoplando de satisfacción, cuando ella se sentaba en la silla de montar. Yo solo conocía a unos pocos que lograban algo así y, dentro de ese grupo, ella no tenía igual.

En mi opinión, de alguna forma los caballos deben de haberla reconocido como su matriarca equina. No solo los caballos, sino también los perros. A una orden suya, un grupo alborotado de perros de caza se callaba. Metían las colas entre las patas mientras se agitaban a su alrededor, lloriqueando servilmente.

Los animales la obedecían. Los humanos le temían y hacían lo mismo.

Había sido una belleza deslumbrante, pero una vida constante al aire libre le había bronceado y arrugado prematuramente la piel, en especial su cuello, que lucía como el de un viejo cazador de pieles del noroeste estadounidense.

Este aspecto de su apariencia había sido mi perdición cuando nos presentaron. Johnny y yo nos acabábamos de conocer y en ese momento a él le pareció divertido aprovecharse de mi prodigiosa ingenuidad. Johnny me contó algunas historias sobre ella. Me convenció de que, si la tocaba, me contagiaría de un mal cuyos



síntomas eran unas arrugas horribles y deformaciones en las extremidades, a las que seguiría una larga y dolorosa muerte. Los adultos y los parientes de sangre eran inmunes al contagio. Le creí, y temí el día en que Maw y yo nos encontráramos.

Finalmente sucedió. Mis padres estaban allí. Me pidieron que me levantara y estrechara la mano de Maw. Me paré ante ella y quedé inmóvil. Me animaban y trataban de persuadirme, mientras Maw me miraba desde su silla. Al final, me eché a llorar y grité: «¡No quiero convertirme en una ciruela pasa! ¡No le daré la mano! ¡No lo haré!».

El tiempo pareció detenerse después de ese arrebato. Mis padres estaban horrorizados. Los Dodge aún más. Maw, sin embargo, me pidió una explicación. Sabía la respuesta, pero, en mi pánico, no pude hablar. Me sacaron rápidamente de la habitación, como a un cachorro que acababa de orinarse en una alfombra del siglo XVIII. Me enviaron a la cama a la una de la tarde.

Johnny se unió a mi desventura poco después, confinado al mismo destino.

—Lo siento —dijo—, fue algo que no debí hacer. No volverá a pasar. No me delataste con Maw y eso es lo importante. ¿Amigos? —Levantó la mano.

Pensé en su oferta y decidí aceptarla.

—Amigos —le respondí—, pero deberías saber que no dije nada, no por mi decisión, sino porque no pude hablar.

—Bueno, no lo hiciste y eso es suficiente para mí. Cualquier otro me habría acusado. Nadie puede desafiar a Maw cuando quiere saber algo, y tú hiciste lo mejor posible. Parecías una piedra. Yo mismo no podría haberlo hecho.

Fue la primera vez que Johnny admitió que había algo que yo podía hacer mejor que él. Dimos el primer paso.

Más tarde, me dijo que Maw lo llevó aparte después de mi expulsión y le sacó la verdad. Antes de mandarlo a la habitación, ella le susurró al oído que, con el tiempo, yo lo respaldaría o me le opondría, y que le convendría conservarme como amigo. Los enemigos requieren vigilancia constante, mientras que los amigos no exigen ninguna.

En ese momento, y en el futuro, Johnny y yo les otorgamos a esas declaraciones de Maw el mismo respeto que a las de los oráculos antiguos. Fuera verdad o no, pensábamos que ella tenía poderes que superaban a los de los simples mortales y que prestar atención a lo que decía era lo más sensato que podíamos hacer.

La relación entre Johnny y yo cambió para siempre después de eso. Él podía involucrarme —y de hecho lo hizo— en muchos de sus planes, la mayoría de los cuales me causaron problemas, pero siempre como a un igual y nunca más como el objetivo.

Maw nos había tratado de la misma manera y todos en la casa adoptaron este principio básico. A partir de entonces, las recompensas y los castigos se aplicaban por igual, independientemente de quién hiciera qué.

Pasamos muchas horas, hombro a hombro, limpiando, reparando y, generalmente, ayudando a las criadas, los mayordomos y otros empleados que trabajaban para los numerosos hogares de los Dodge. No éramos ajenos al trabajo sucio y tedioso, a pesar de nuestro entorno suntuoso. Puede que hayamos nacido con cucharas de plata en la boca, pero, a diferencia de otros de estatus similar, aprendimos a pulirlas, como diría Johnny.

La presencia de Maw añadiría combustible a una mezcla ya incendiaria de personalidades. Uno solo podía preguntarse qué pensarían los Von Hofmanstals, y si tenían idea de en qué se estaban metiendo. Esperaba que tuvieran la fortaleza necesaria o, con toda seguridad, se los devorarían vivos.

---

**L**egamos a Rhinebeck cerca del mediodía. La lluvia había cesado, pero el cielo estaba nublado y oscuro, como presagiando más lluvia.

Nos desviamos hacia un camino privado marcado por dos pilares de granito. El asfalto mojado avanzaba hacia el oeste en dirección al río Hudson, bajo un frondoso arco de árboles. Mientras pasábamos, de las ramas caían grandes gotas de agua, salpicando el parabrisas, hasta que los árboles abrieron paso a un césped recortado, cubierto de niebla. El auto disminuyó su marcha cuando la entrada principal apareció a la izquierda. Dimos la vuelta a un camino de grava que se inclinaba suavemente hacia una amplia rotonda. La gran casa gris de piedra cobró forma a través de la niebla que se arremolinaba en el lugar.

La parte central la conforma una construcción de tres pisos, con dos alas que se extienden a ambos lados. La de la izquierda tiene dos pisos de altura, mientras que la de la derecha ocupa apenas una planta. Esta última había sido la residencia de Alice, con su sala de estar y el dormitorio. A la izquierda se encuentran la cocina y los cuartos de servicio y, más retirado, otro camino de entrada que llega hasta el garaje. La estructura principal está coronada por cuatro chimeneas.

—Johnny —dije—, se ve exactamente igual.

—Sí, así es. ¿No es sorprendente que sea justo al otro lado del río, al pie de los Catskills, donde Rip van Winkle supuestamente soñó con su ingreso a la historia?

—No me extraña en absoluto. Con toda seguridad hay algo intemporal en este lugar.

El auto se detuvo frente a una puerta de madera oscura y muy lustrada, bajo un ornamentado frontispicio blanco, con un pomo en bronce que representaba la cabeza de un león. En ese momento la puerta se abrió y apareció Stanley con un paraguas grande, seguido por dos sirvientes, uno de ellos más joven, que asumí era Simon, su ayudante.

Stanley vestía un traje de mañana, abrigo y corbata oscuros, acompañados de pantalón y chaleco, cada uno en un tono diferente de gris. Era un hombre alto, de edad indeterminada, vivaz, seguro y extraordinariamente silencioso. Su pelo era ahora más blanco de lo que yo recordaba.

Salí del auto y lo saludé.

—Stanley. Es un placer verte de nuevo. —Lo miré a los ojos. Eran tan fríamente azules como siempre.

—Bienvenido de regreso. Ha pasado algún tiempo.

—Es cierto —le respondí—. Me alegra verte.

—Así es.

Me paré a un lado y miré a Stanley, mientras Johnny se ponía su chaqueta, caminaba alrededor del auto y se paraba junto a mí. Aquel hombre había sido una presencia constante durante nuestra infancia. A pesar de conocernos durante años, él y yo interactuábamos únicamente lo necesario y, cuando lo hacíamos, siempre se mostraba formal, distante e inabordable. Cualquier sentimiento que tuviera se escondía tras una máscara de desapego casi científico.

Nos habíamos tolerado mutuamente y, a juzgar por la recepción actual, así seguiría siendo. Raras veces sonreía y nunca nos dimos la mano, como era costumbre en Rhinebeck.

Sin importar cuál fuese el humor de Stanley, Johnny siempre se sentía cómodo con él y nunca parecía importarle.

—Stanley, es espléndido verte, como siempre. ¿Cómo te va con Simon?

—Muy bien, señor. Realmente, muy bien.

—Excelente. Me alegra oírlo. ¿Has averiguado dónde nos quedaremos?

—Ambos estarán en la parte superior de la casa, como es costumbre. Simon subirá el equipaje. Habrá refrescos en el salón. Los estábamos esperando.

—Perfecto. Adelante.

Subimos por las escaleras del frente, mientras Simon retiraba los paraguas y tomaba nuestras maletas. No le envidiaba tener que cargarlas por los dos tramos hasta nuestras habitaciones habituales.

Pasamos de un clima de lluvia al interior tranquilo de la casa.

En mi vida he conocido pocos lugares donde el pasado inmediato no sea una preocupación y el futuro no parezca importar. Rhinebeck se apartaba de la corriente normal del tiempo. No sabía cuánto más podría seguir existiendo, pero agradecí a cualquier deidad de los estados intermedios que la hubiera conservado hasta ahora.

Seguí a Johnny hacia adentro y miré a mi izquierda. Allí estaba el reloj inglés de pedestal, que era siempre lo primero que observaba al llegar y lo último que veía al salir. En su esfera, cinco navíos de batalla se balanceaban de un lado a otro, contando los segundos en un furioso océano de laca gris azulada. Por encima de las naves en movimiento se veían las fases de la luna y constelaciones que avanzaban lentamente a través del dial superior. El sonido profundo del péndulo y el movimiento de los barcos me fascinaban en mi niñez. El reloj sonaba cada media hora.

Cruzamos la entrada de mármol hasta una mesa larga con un florero lleno de gladiolos; había también un busto de mármol de Alejandro Magno sobre un pedestal. Johnny y yo nos acercamos a él y le dimos una palmadita en la cabeza. Pensábamos que esta tradición nos traía suerte, un acto útil y a menudo muy necesario.

Atravesamos una serie de puertas dobles e ingresamos a un amplio salón suntuosamente decorado con muebles Luis XV. Había tapices en la pared y alfombras en el suelo. A la derecha se encontraba un cuadro de John Constable que convertía la habitación en la de una casa de campo inglesa. Las puertas francesas daban paso a un campo cubierto de césped que se extendía entre la niebla.

Johnny se acercó a un humidificador dispuesto en una mesa lateral y sacó un habano en el momento mismo en el que un bull terrier inglés blanco abría con su cabeza las puertas dobles, que chocaron contra sus topes.

—¡Por todos los dioses, es esa criatura! —dijo Johnny, dando vuelta y devolviendo el puro.

Robert Bruce, obviamente, estaba contento de verlo. Se acercó a Johnny y se quedó mirándolo. Batía su cola hacia adelante y hacia atrás como un metrónomo marcando el tiempo en décimas de segundo. Observaba expectante a su amo. Johnny miró fijamente hacia atrás e inconscientemente se dio un golpe en el bolsillo.

Se contuvo y exclamó con firmeza:

—¡No, no tengo una pelota de tenis! ¡Olvídate! Santo cielo, me olvidé de él.

—Claramente, él no se olvidó de ti. Por cierto, ¿dónde está esa famosa bufanda?

—No tengo ni idea. Le preguntaré a Stanley de todos modos; no puedo permitir que esa cosa aparezca en el momento equivocado.

Johnny le dio una palmadita al perro y le acarició las orejas.

Robert lo miró fijamente y luego se sentó en una posición de esfinge, con las patas traseras extendidas. Parecía bastante contento tan solo de mirarlo. A mí me ignoró por completo. Johnny le dio otra palmadita y me dijo:

—Iba a ofrecerte un Montecristo ilegal, pero dudo que tengamos tiempo para disfrutarlo en este momento. ¿Qué tal después de cenar?

—Definitivamente, con un poco de brandy.

—Por supuesto.

Los dos nos sentamos.

Johnny sacó un cigarrillo en el momento en que Stanley entraba con dos copas de champán en una bandeja de plata. Nos las ofreció y anunció:

—El almuerzo será servido en media hora. Caldo escocés y tostadas de pan con queso.

—Espléndido —dijo Johnny—. Fumaremos un cigarrillo, nos refrescaremos luego y estaremos listos para las delicias de Dagmar. Por cierto, somos los primeros en llegar, ¿no?

—Sí, señor.

—¿A quién más se espera?

—Sus padres llegarán mañana jueves, junto con el barón, la baronesa y la señorita Von Hofmanstal. La señora y la señorita Leland llegarán el viernes. Esperamos al señor Malcolm Ault, su hora de llegada es incierta, aunque yo lo esperaré mañana tarde.

—La casa estará llena entonces, después de mucho tiempo.

—Un largo tiempo, realmente, todos estamos muy ansiosos.

—Excelente y, antes de que me olvide, nos gustaría examinar la cava después del almuerzo.

—Muy bien, señor. La llave estará en la mesa auxiliar.

—Una última cosa. ¿Sabes dónde está la bufanda Hermès verdosa de Robert?

—Duerme con ella. Nadie se atreve a tocarla, ya que parece muy apegado a ella. Me tomé la libertad de subir su cama al piso superior para que pueda estar con ustedes; creo que allí es donde le gustaría.

Todos miramos a Robert, que permanecía adecuadamente inescrutable, mirando a Johnny con el arrobo que solo un perro puede mostrar.

—Ya veo —dijo Johnny—. Gracias, Stanley.

Stanley salió silenciosamente y cerró las puertas dobles.

—Caldo escocés y tostadas de pan con queso de Dagmar — exclamé—. ¡Mis favoritos!

Tomamos nuestro champán.

—Le dije a Dagmar que vendrías y ella recordó lo que te gusta. Además, esta noche hay rosbif con budín de Yorkshire. Pensé que podríamos explorar la cava, ver qué hay y luego echar un vistazo a la biblioteca, mientras nadie merodea.

—Buen plan. Y, aunque está bastante mojado, no me importaría también dar una mirada por los alrededores de la casa.

—Claro que sí. Dudo que veamos algo con la niebla, pero me agrada el lugar cuando está así. Es como vivir en Inglaterra. Llevaremos al joven Robert.

—Por cierto, ¿quién es Malcolm Ault? ¿Lo conozco de antes?

—Probablemente no. Lo recordaría, de haberlo conocido. Malcolm vive en Inglaterra y tiene algo que ver con el cine. No sé exactamente lo que hace y no creo que nadie lo sepa. Es alto. Ese es el principal motivo de su fama. Aparentemente, puede ver por encima de todo el mundo, lo que ha resultado útil en las carreras de caballos y en la dirección cinematográfica. No tengo ni idea de lo que está haciendo aquí, pero a mis padres les gusta, así que ahí lo tienes. Es bastante próspero, vive en Shropshire y aparece cuando viene a Estados Unidos. Él conocía a Alice, pero no sé qué tan bien.

—Entonces nunca lo conocí. ¿Subimos?



Apuramos nuestras copas y salimos del salón, cruzamos la entrada pasando el reloj y ascendimos por una amplia escalera. Robert Bruce cerraba la marcha. No iba a perder de vista a Johnny.

El vestíbulo del segundo piso conducía al dormitorio principal y a varias habitaciones de huéspedes. La alfombra roja, oscura y gruesa, silenciaba nuestros pasos mientras caminábamos hasta el otro extremo, donde se hallaba a la derecha una puerta especial a ras de la pared, que se abría hacia afuera con una pequeña manija empotrada. Ante nosotros comenzaba un estrecho tramo de escaleras empinadas que subían y llegaban finalmente a otra puerta que conducía a una gran área común. Esta era la parte superior de la casa. La luz se colaba hacia el centro de la habitación a través de una gran claraboya de cristal esmerilado.

Al área común se descendía por dos escalones y había en ella dos cómodos sillones con lámparas de pie, junto con un sofá y una mesa. En cada pared había una puerta. La que miraba al este daba paso a las escaleras por donde entramos. La del norte llevaba a la habitación de Johnny, que miraba hacia la entrada. La puerta que daba al sur conducía a mi habitación, con vista al prado de la parte posterior de la casa. Cada una de nuestras habitaciones tenía una ventana circular distintiva. Frente a la entrada había dos puertas: una que daba a un cuarto de baño grande y moderno, la otra a la habitación de la institutriz, cuando había una en servicio. A lo largo de cada una de las paredes podían verse estanterías llenas de libros, que se extendían del piso hasta el techo. Estaba la serie completa de Tom Swift, los Hardy Boys, Nancy Drew, Edgar Rice Burroughs, enciclopedias, libros de texto, una extraordinaria colección de cuentos de hadas y mitos de todo el mundo, obras sobre historia militar, desde Xenofonte hasta Liddell Hart, así como novelas de varios tipos.

Johnny y yo pasamos horas enteras en esta habitación, simplemente leyendo. El espacio fue creado exactamente para ese propósito.

Abrí la puerta de mi habitación. Simon había puesto mis maletas en un estante al pie de la cama. Miré el escritorio con mis modelos de barcos y luego la ventana. La habitación parecía más pequeña de lo que recordaba, pero aún maravillosa por la similitud que guardaba con la que ocupé cuando era niño.

Salí a la sala de estar y allí estaba Johnny en su silla, mirando un gran libro sobre paisajistas ingleses. Robert se hallaba a su lado, acostado en el suelo. Justo afuera de la habitación de Johnny estaba la cama de Robert y, ciertamente, había en ella una bufanda Hermès verde, azul y blanca. Lucía un poco descolorida.

—¡Dios mío! —dije—. Ahí está la bufanda.

—Sí, esa es la monstruosidad. ¿Quieres tocarla?

—Por supuesto que no. —Me estremecí. Fui a un estante de libros, agarré un viejo tomo sobre aviones de la Segunda Guerra Mundial y me senté—. Nada ha cambiado. No puedo creerlo.

—Sí. Al menos en apariencia. La casa ha conservado su propio ritmo, mientras que nosotros seguimos adelante. Aún así, es genial estar aquí y tomarnos unos momentos de paz y reflexión antes de la próxima contienda. Lo que me recuerda que cuanto antes entremos en esa cava, mejor. Al menos podríamos poner fin a *una* de mis pesadillas. Lavémonos las manos y almorcemos.

Los tres bajábamos por la escalera principal cuando sonó un gong para anunciar que se servía el almuerzo. Al comedor se ingresaba a través del salón. La mesa larga y pulida estaba puesta para dos. Nos sentamos uno frente al otro, y Stanley entró con la sopa.

Probé un poco y le dije a Johnny:

—Esto es el cielo. Está tan buena como siempre.

En ese momento, apareció una mujer pequeña y de ojos brillantes con un delantal puesto. Me levanté y le di un gran abrazo. Se rio y dijo:

—Creciste un poco, ¿y es una cana lo que veo?

—Bueno, tal vez. Dagmar, te ves igual. Estoy muy contento de estar aquí. No sabes cuánto he extrañado tu comida.

—Me dice eso tan seguido que parece un disco rayado —dijo Johnny.

—Bueno, me alegro de que la extrañes, y es un placer volver a verlos juntos.

Stanley y ella volvieron a la cocina.

Terminamos el almuerzo, bebimos café y fumamos totalmente complacidos.

—Bueno, ¿qué tal si vamos el sótano? —le propuse a Johnny—. ¿Nos atrevemos a averiguarlo?

—Es hora de hacerlo —respondió.

—Entonces, adelante. Estoy listo para casi cualquier cosa.

**A** la cava se accedía por una puerta oculta bajo la escalera principal. Los tres, Johnny, seguido de Robert, y yo, descendimos por las estrechas escaleras.

La luz era tenue, pero lo que podía distinguirse inmediatamente era una serie de anaqueles para vinos que se extendían a nuestra izquierda. A la derecha se encontraban las estanterías que contenían cajas de almacenamiento, así como objetos empaquetados y sueltos.

—Johnny —pregunté—, no recuerdo todos estos estantes. ¿Son nuevos?

—Relativamente nuevos. Harry, que es un hombre práctico y recursivo, los construyó para acomodar lo que seguía llegando después de la muerte de Alice, y para almacenar cosas con las que nadie sabe qué hacer o no se atreven a tirar. Mira esa lámpara antigua, por ejemplo. Horrible. Bueno, deberíamos revisar la sección de Alice una vez que encontremos esas botellas. Dudo que alguien haya mirado todo, excepto superficialmente.

—¿De verdad? ¿Cómo es posible?

—Alice estaba suscrita a muchos periódicos, revistas, publicaciones de mapas, asociaciones, lo que fuera. Hay cajas con esas cosas. Además, ¿quién va a revisar toda esta basura? ¿Mi padre? ¿Stanley? No lo creo.

—Yo podría empezar a hacerlo ahora mismo.

—Por nada en el mundo. Primero el vino, luego la búsqueda del tesoro.

—De acuerdo —dije—, adelante.

Doblamos a la izquierda y nos dirigimos hacia el pasillo tenuemente iluminado. Estanterías completas llenas de botellas de vino se extendían desde el piso hasta el techo.

Robert lideraba la marcha cuando, de repente, se detuvo bruscamente. Se irguió, su cola temblaba. Gruñó en tono bajo y sus labios se arquearon para revelar un conjunto de dientes realmente atemorizantes.

—¿Ratas o fantasmas? ¿Qué te parece? —preguntó Johnny.

—No tengo ni idea, pero parece un poco molesto.

—Ve por ellos —ordenó Johnny—, pero, repentinamente, Robert dejó de gruñir y los dientes parecieron retroceder en su boca. Batió la cola y siguió por el pasillo, como si nada hubiera pasado.

—Te digo, este es un perro con el que no quisiera encontrarme en un callejón —dije mientras miraba a Robert—. Me alegro de que lo tengamos cerca, pero ¿es temperamental o es mi imaginación?

—Es raro —dijo Johnny—, y me asusta muchísimo cuando hace ese gruñido y muestra los dientes. Solo espero que espante a cualquier cosa, viva o muerta, que pueda estar vagando por estos rincones. Esta casa puede ser realmente escalofriante.

—Y me lo dices a mí.

El aspecto espeluznante de nuestro entorno era un tema que Johnny y yo discutimos mucho mientras crecíamos entre sus paredes. Rhinebeck tenía un lado siniestro que los dos amábamos y odiábamos. Las sombras oscuras, junto a los cipreses o las estatuas siniestras de mármol, podrían albergar todo tipo de espíritus, tanto amistosos como hostiles. Ese vacío oscuro y silencioso podía ser un lugar tenebroso donde crecer, y yo me asustaba fácilmente.

Sin embargo, tenía que reconocer que este elemento me hizo sentir deliciosamente vivo. Supongo que Johnny percibía lo mismo, aunque lo había ocultado mejor que yo. Habíamos jugado, no obstante, con los temores mutuos. Nuestros juegos de escondite

eran tan aterradores para quien buscaba como para el que se escondía. El escenario era demasiado perfecto, las posibilidades innumerables. Si existían fantasmas, no encontrarían un mejor lugar para vivir que Rhinebeck.

Aunque asustarnos uno al otro era excitante, darle un susto de muerte a los demás era aún mejor.

Como de costumbre, Johnny y yo solíamos pasarnos de la raya.

Las niñeras fueron parte de nuestra educación, pero no de forma permanente. Prescindíamos de ellas continuamente. A menudo se marchaban después de pasar apenas unas vacaciones en Rhinebeck, como fue el caso de una de origen ruso, la señorita Ponchikov. Era una mujer joven. A la señora Dodge le gustaba porque hablaba varios idiomas, incluido el francés, y esperaba que nos contagiara a Johnny y a mí su facilidad con las lenguas extranjeras. No lo logró, pero parecía una criatura tranquila y agradable, y luego de pasar un mes de prueba en el apartamento de la Quinta Avenida se ganó la aprobación de la señora Dodge.

Alice estaba viva en ese momento y residía en Rhinebeck. Johnny y yo teníamos nueve años.

El incidente con la señorita Ponchikov comenzó la segunda mañana de las vacaciones escolares. Nos habíamos instalado en el último piso el día anterior.

A los niños se les servía el desayuno a las siete de la mañana en el comedor. Los adultos desayunaban a las nueve.

Esa mañana en particular, nos encontrábamos solos con la señorita Ponchikov. El señor y la señora Dodge, al igual que Alice, estaban en Nueva York y no regresarían hasta el viernes por la noche. Terminábamos de comer nuestra avena cuando la señorita Ponchikov nos preguntó si habíamos escuchado algo durante la noche.

Johnny y yo nos miramos. La pregunta era inusual simplemente porque, por regla general, nunca se nos preguntaba nada.

Johnny se recuperó y dijo:

—No, señorita Ponchikov. ¿Escuchó usted algo?

—Sí. Me pareció oír a alguien llorando.

—No fui yo —dije.

—Era el sonido de una mujer llorando a altas horas de la noche. Cuando me levanté para averiguar, el llanto se detuvo.

—Ah, sí —dijo Johnny—, mis padres nos dijeron que no habláramos de eso.

—¿De qué cosa? —preguntó la señorita Ponchikov.

No estaba seguro de adónde quería llegar Johnny con esto, pero le seguí la cuerda y le dije:

—Nos vas a meter en problemas si ella se entera.

—¿Si me entero de qué? —preguntó la niñera.

—Lo siento, señorita Ponchikov —respondió Johnny—, no debí haber dicho nada. Es algo sobre una niñera anterior. Nos pidieron específicamente que no lo mencionáramos. No es adecuado para niños.

Mientras pescábamos peces vela o marlín, nos habían enseñado a soltar la cuerda de los grandes carretes Penn Senator y dejar caer la carnada luego de un ataque inicial. Un pez grande se da vuelta y se traga el anzuelo cuando cree ver vencida a la carnada, lo que permite al pescador lograr un buen agarre. Había que tener paciencia.

Esperamos a ver si ella mordía el anzuelo. Parecía que la señorita Ponchikov iba a decir algo. Su cuchara se detuvo a mitad del trayecto hasta su boca antes de seguir comiendo y el momento pasó. Terminamos nuestro desayuno y seguimos con nuestras tareas.

Johnny y yo siempre teníamos deberes durante las vacaciones, que normalmente demandaban una buena cantidad de lectura. La

señorita Ponchikov insistía en que estudiáramos cada mañana. Disponíamos nuestros materiales debajo de la claraboya, en el último piso de la casa, mientras la señorita Ponchikov hojeaba revistas o leía alguna novela romántica.

Esa mañana en particular, una hora más tarde, nos preguntó cómo nos habían parecido nuestras niñeras anteriores. Nuestro pez ruso había regresado.

Johnny suspiró, se levantó, fue a su habitación y cerró la puerta.

—¿Qué sucede? ¿Qué hice? —me preguntó la niñera.

—No es nada —respondí—, ya se le pasará.

—¿Fue algo que dije?

—Señorita Ponchikov, se supone que no debo hablar de la niñera anterior. Por favor, no me obligue. —La miré implorante.

Johnny abrió la puerta y se sentó de nuevo. Llevaba un pañuelo. Parecía que había estado llorando.

—¿Estás bien? —preguntó la señorita Ponchikov.

—Sí, estoy bien.

—¿Qué sucede?

Johnny se volvió hacia ella y le dijo:

—Solo puedo hablar de ella si me promete de todo corazón que no se lo dirá a nadie. ¿Me lo promete, señorita Ponchikov?

El que la miraba a los ojos era un niño rubio con ojos azules y una expresión sincera. La señorita Ponchikov puso la mano sobre su corazón y respondió:

—Lo prometo.

El anzuelo estaba listo.

—Era una buena mujer. —Suspiró Johnny—. Su nombre era Tabetha Tinsley...

Me pregunté cómo era posible que se le ocurriera un nombre como Tabetha Tinsley. Era demasiado absurdo, pero Johnny decía siempre que si se va a contar un cuento grande hay que ser



extravagante, porque mientras más grande sea la mentira, más adornos tendrá. Solo estaba siendo fiel a la forma.

Johnny procedió a contar a la señorita Ponchikov la historia de una mujer bien educada, traicionada por el destino. Su amante había desaparecido en circunstancias misteriosas y ella se vio obligada a cuidar niños para lograr vivir por sus propios medios.

La señorita Ponchikov se sentó y escuchó con estupefacción, olvidándose de sus revistas de sociedad y de su novela romántica.

Yo no estaba seguro de la línea argumental que seguía Johnny, pero sabía que pocos podían resistirse a las palabras de una personita angelical que narraba una historia demasiado adulta para haber podido imaginarla, con una inocencia y una sinceridad que conmoverían a cualquiera.

Pocos sabían de los muchos libros que leímos dentro de estas mismas paredes. Aunque pequeños, éramos bastante instruidos.

La señorita Ponchikov, sin embargo, era rusa. Venía de una cultura que otorga gran importancia a la riqueza y el poder, creía fuertemente en lo sobrenatural y era supersticiosa por naturaleza. En Rhinebeck la rodeaban la riqueza y una alta condición social, junto con algo místico que era particular tanto al entorno como a la casa. Nunca dudé de su existencia, solo no supe qué nombre dar a la presencia que sentía. Aunque no necesariamente malévola, pensaba que cualquier cosa que fuera podría cambiar fácilmente de estado de ánimo.

Mi mente regresó justo cuando Johnny estaba rematando con algo relativo a una carta misteriosa que la desafortunada niñera había recibido. Por ella supo la suerte de su antiguo amante. Había muerto. Ella estaba deshecha. Johnny le contó a la señorita Ponchikov cómo él, siendo tan pequeño, había tratado de consolarla, pero al final la desilusión resultó abrumadora. Se quitó la vida colgándose del anillo de hierro que pendía de la claraboya,

en esta misma habitación. La tragedia había roto el pequeño corazón de Johnny y le había lastimado el alma. Las lágrimas corrían por sus mejillas. La señorita Ponchikov lo estrechó en sus brazos y lo consoló. Tenía los ojos humedecidos.

Pensé que toda la farsa era un poco pesada, pero tuve que darle crédito. Johnny siempre fue talentoso. ¿De qué otra manera podría hacer que la gente le cediera hoy millones de dólares y le diera las gracias por el privilegio?

Una vez secó sus lágrimas, Johnny explicó en voz baja que el sollozo de su fantasma era lo que ella oyó. Él también escuchó el llanto, pero no quiso decir nada.

En medio de este silencio cargado de suspenso, le solté:

—Johnny, si la gente descubre que le contaste esto a la señorita Ponchikov, nos desuellan.

La señorita Ponchikov exclamó:

—¡No, este será nuestro secreto! No se lo diré a nadie. —Sonrió, aunque parecía un poco pensativa.

No tenía ni idea de lo que estaba pasando por la cabeza de la mujer, pero podía asegurar que la historia la afectó. Miró fijamente el anillo en el centro de la claraboya. Se levantó y se fue a su habitación durante varios minutos.

Mi experiencia aún entonces era que la gente, incluyéndome a mí mismo, hacía cosas irracionales cuando sentía miedo. La semilla había sido plantada y empecé a dar forma a la idea de que una vez más habíamos ido demasiado lejos y de que todo esto podría terminar bastante mal. No albergaba ninguna duda de que ella creyó el cuento de Johnny. La rapidez con la que aceptó la historia y el malestar posterior me dieron una imagen de su estado mental, que parecía más frágil de lo que ella dejaba ver. Aunque era una mujer inteligente, históricamente la demostración de inocencia engañó a muchas más almas que la apariencia de astucia, y Johnny parecía un

ángel. Además, ella estaba en presencia de un maestro, aunque solo tuviese nueve años. Había sido engañada por completo.

Más tarde, cuando estábamos solos, lo regañé.

—Johnny, dime que no le estamos haciendo el truco de la joven ahorcada.

—¡Exactamente! Solo necesitamos una noche húmeda y tormentosa. Miré el pronóstico del tiempo y algo adecuado aparecería en un par de días. Ella se tragó todo: anzuelo, sedal y plomada.

Johnny estaba encantado con su actuación. Simplemente, no había manera de hablar con él. Se reía y parloteaba; era la imagen misma de la satisfacción personal. Sacudí la cabeza.

Los días previos a aquella memorable noche estuvieron llenos de una gran expectativa. Yo también me vi atrapado en la emoción. Alice y el señor y la señora Dodge llegarían el viernes. Teníamos el control total de la casa.

En unas vacaciones anteriores habíamos descubierto un maniquí escondido en un armario del piso de arriba, que ahora se encontraba en el de Johnny. Se veía bastante realista si uno entrecerraba los ojos y usaba un poco de imaginación. Le añadimos una peluca de pelo negro largo que robamos, cortesía de Alice.

La dejaron un día en la lavandería. La reputación de que Alice era apenas un poco menos poderosa que Morgana en cuestiones de hechicería significaba que cualquier cosa que le perteneciera quedaba fuera del alcance de todos. La peluca fue una excepción simplemente porque alguien la dejó en un área de la casa que ella no frecuentaba.

Recogimos otros materiales, incluyendo una soga con la que atamos un nudo corredizo que Johnny y yo aprendimos a hacer en un verano anterior, así como algunas sábanas viejas.

Para mantener viva en su mente la presencia de espíritus fantasmales, Johnny le preguntaba en las mañanas a la señorita Ponchikov si había oído algo en la noche anterior. Ella respondía cada vez que no estaba segura. Parecía estar durmiendo mal. Johnny me dio que había dado golpes por todas partes en las últimas horas y que incluso llegó a arrastrar una cadena. Casi lo descubre cuando ella abrió la puerta de su habitación, pidiendo ayuda a gritos.

Supongo que poco después contribuí a aumentar su inquietud cuando tumbé una lámpara de camino al baño en medio de la noche. Vi encenderse la luz bajo su puerta y hui a mi habitación. Salté a la cama y fingí dormir. Unos momentos después, mi puerta se abrió lentamente. Entreabrí los ojos y pude distinguir la cara en sombras de la señorita Ponchikov mirándome, iluminada por la luz de la luna que entraba a chorros a través de mi ventana. Respiré cadenciosamente y la puerta se cerró de nuevo, en silencio.

A la mañana siguiente le mencioné a Johnny que la señorita Ponchikov parecía un poco inestable, pero él rebosaba de energía y dijo que el estado precario de ella haría que todo el engaño fuera aún más memorable, lo que resultó ser notablemente preciso.

Durante nuestras horas de estudio, Johnny se sentaba de vez en cuando erguido y parecía estar escuchando atentamente.

—Pero, pero ¿es ella? —preguntaba la señorita Ponchikov, con su acento ruso, cada vez más pronunciado a medida que su malestar crecía bajo la presión constante de las ocupaciones de Johnny y de la propia casa, que podía tomar un aspecto siniestro al caer la tarde. Este atributo aumentaba en intensidad a medida que la penumbra y la niebla que se formaba fuera de las ventanas oscurecían el lugar. Después de todo, estábamos completamente solos, excepto por Stanley y Dagmar, que dormían en otra parte de la casa, junto al resto del personal. Harry tenía una habitación en el garaje. El aislamiento podría perturbar hasta el ánimo más resuelto.

El viernes por la mañana, el aire estaba quieto. La señorita Ponchikov se quejó del tiempo, mientras nos preparábamos para las celebraciones de esa noche.

El señor y la señora Dodge llegaron a las tres de la tarde.

Los esperamos afuera, junto a Stanley, Harry y la señorita Ponchikov. Johnny y yo les dimos un gran saludo, dijimos que estábamos divirtiéndonos y que la señorita Ponchikov era muy agradable.

Alice llegó a las cuatro. Le encantaba conducir, así que rara vez usaba un chofer. Todos, incluidos el señor y la señora Dodge, esperábamos afuera para saludarla.

La grava crujía mientras su Jaguar verde oscuro convertible, con la capota plegada, avanzaba hacia nosotros hasta detenerse. Apagó el auto y bajó.

Era una mujer impactante, vestía pantalones negros y una camisa blanca. Su pelo corto y de un color negro azabache contrastaba con su piel pálida, que resaltaba unos ojos tan oscuros que podían confundirse con el negro. Irradiaba energía, mando y sexualidad, lo que enloquecía tanto a hombres como a mujeres. Todos se enamoraban de ella o la odiaban. Johnny y yo estábamos simplemente pasmados.

Nos dio besos, abrazó al señor y a la señora Dodge, le lanzó las llaves a Harry para que sacara las maletas y guardara el auto, saludó calurosamente a Stanley, comenzó a subir las escaleras y, de pronto, se detuvo. Se dio vuelta hacia Johnny y hacia mí y nos preguntó:

—¿Qué han estado haciendo los hombrecitos?

Johnny farfulló algo, mientras que yo me quedé boquiabierto. Ella tenía ese tipo de efecto sobre nosotros. Nos salvó un estruendo sordo en la distancia. Alice miró al cielo y dijo:

—Se avecina una deliciosa tormenta. No le temen a un pequeño trueno, ¿verdad?

—Oh, no —respondimos al unísono.

Se rio y desapareció rápidamente dentro de la casa.

Johnny y yo respiramos aliviados. Estuvimos a unos pocos segundos de contárselo todo.

A la hora de la cena que, para Johnny, la señorita Ponchikov y para mí, significaba las seis de la tarde, la tormenta amenazaba a lo lejos con furiosos estruendos que a menudo duraban minutos. El sonido era como el de artillería lejana, no ruidoso, sino inconfundiblemente presente e inquietante. La señorita Ponchikov estaba nerviosa, no sabía decir si por la tormenta que se acercaba o por la presencia de sus empleadores. Su acento ruso era aún más pronunciado y apretaba como compañero constante un rosario de amatistas pálidas. Escuchábamos el murmullo de las oraciones que de vez en cuando se escurrían entre sus labios.

La lluvia caía cuando nos acostamos a las nueve. A las diez llovía a cántaros y a las once Johnny estaba en mi puerta. La tormenta se acercaba en serio y la electricidad había fallado. Arrastramos a nuestra doncella inerte a la sala de estar, mientras los relámpagos nos iluminaban a través de la claraboya. Un trueno retumbó cuatro o cinco segundos después. Una gran parte de la tormenta se hallaba a unos dos kilómetros de distancia. Normalmente yo habría sentido un temor inmanejable, pero nuestros preparativos me mantenían concentrado. Cuando terminamos, ya era casi medianoche y la tormenta se hallaba sobre nosotros. La lluvia resonaba sobre la claraboya como un rugido, mientras los relámpagos centelleaban en el cielo. El plan era sencillo: esperar un relámpago que diera un gran destello de luz y que yo gritara lo más fuerte que pudiera para después callarme abruptamente.

Me estaba preguntando en qué momento empezar, cuando llegaron un destello y un trueno tan fuertes que realmente me asusté. La puerta de la señorita Ponchikov se abrió y yo grité. Bajo

la luz titilante, la señorita Ponchikov se veía terriblemente espantada. Llevaba un camisón blanco largo abotonado al cuello. Tenía el pelo completamente revuelto. Sus ojos estaban tan abiertos que pensé que se saldrían de sus órbitas en cualquier momento. Escuché un aliento rápido antes de que Johnny soltara un grito que hizo palidecer al mío. Los ojos de la niñera miraron hacia arriba como suplicando al cielo, solo para ver a la mujer que colgaba de la claraboya. Se agarró la cara con las manos y en ese momento perdió la cabeza por completo. Emitió un chillido estridente y quejumbroso, como el de un animal, y echó a correr escaleras abajo. La acometía un pánico tan profundo que Harry la halló al final del camino de entrada, después de que el señor Dodge le ordenara salir a buscarla. Parece ser que casi tropezó con los padres de Johnny mientras volaba por las escaleras, antes de abrir la puerta principal y lanzarse a la noche. Ellos admitieron haberse sentido muy mal por asustarla, porque también gritaron al ver su horrible apariencia a la luz de una vela que sostenían mientras subían las escaleras.

Luego de la salida abrupta de la señorita Ponchikov, Johnny y yo, prudentemente decidimos ocultar nuestra creación antes de que nos visitaran las autoridades parentales. La tormenta se desató, pero, en nuestro afán, no le prestamos atención. No estábamos seguros de las consecuencias de lo sucedido, pero tener la menor cantidad posible de evidencia era lo más sensato que podíamos hacer.

El señor Dodge subió poco después con una linterna. Corrimos hacia él y nos dirigimos al piso de abajo. La familia se reunió en el salón, iluminado con velas, mientras Dagmar ponía una tetera en el fogón. Alice y los padres de Johnny seguían vestidos, pues no se habían acostado, y nosotros estábamos en pijama. Alice nos envolvió con mantas en el sofá. Se hablaba de la señorita Ponchikov en voz baja. Pronto nos quedamos dormidos.

La siguiente fue una mañana maravillosamente soleada y despejada.

Dagmar se ocupó de nosotros en el desayuno. Alice, los padres de Johnny y la señorita Ponchikov no se veían por ningún lado. Dagmar nos dijo que estaban hablando con las autoridades. No sabíamos exactamente lo que eso significaba, pero las implicaciones no sugerían nada bueno. Nos portábamos como angelitos, sabiendo que nuestra perdición se acercaba con cada minuto que transcurría.

Llegaron los adultos y fuimos llamados a comparecer ante ellos. Previamente habíamos discutido a fondo nuestro probable destino, sin llegar a un consenso, ya que habíamos navegado en aguas desconocidas.

Fue la señora Dodge quien nos dijo que la señorita Ponchikov no volvería. Aparentemente tenía un historial de crisis nerviosas y no debería haber estado cuidando de nosotros en primer lugar. Se disculpó. Nos relajamos hasta que Alice preguntó a quemarropa por nuestro conocimiento acerca de una niñera anterior que se había suicidado. No sé cómo lo sabía. Debió de haber interrogado a la señorita Ponchikov y le sonsacó la historia. Nos miró fijamente. Lloramos. Pataleamos. Pero fue en vano. Lo confesamos todo.

Se debatió el asunto y se concluyó por parte de los adultos presentes, no por primera vez con respecto a Johnny y a mí, que las manos ociosas hacen el trabajo del diablo, y que deberíamos ocupar nuestras horas con una actividad más constructiva. Nos pusieron en manos de Harry para que trabajáramos con él en los alrededores de la casa. Además, nuestros guardianes declararon que en adelante deberían ser niñeras teutonas las que se contrataran: las rusas eran demasiado místicas, las francesas muy veleidosas y las inglesas totalmente aburridas.

Ese verano conocimos un campamento en el gran estado de Maine. Para la Navidad de ese año, Alice estaba muerta.



Mi mente volvió al presente.

—Me acabo de acordar del incidente de la señorita Ponchikov. ¿Recuerdas eso?

—Ah, ni lo menciones. Eso estuvo mal. —Johnny se detuvo y me miró—. Realmente traumatizamos a esa mujer. Creo que dejamos de hacer bromas durante un año... No, probablemente solo unos días. Éramos unos pequeños idiotas. Esa fue también la última vez que vimos a Alice.

—Sí, estaba pensando lo mismo.

—El tiempo ciertamente ha avanzado, pero aquí estamos, y *todavía* seguimos en problemas. Algunas cosas parecen no cambiar nunca. Continuemos. Tal vez sea posible evitar algún tipo de retribución kármica ahora que mencionaste a la niñera. Al menos la pobre señorita Ponchikov no murió de miedo.

—Por poco.

—Sí, por poco.

Robert juzgó que el camino estaba despejado y se movió hacia adelante. Seguimos avanzando y llegamos a la parte de atrás del sótano, donde había una mesa, una vela, un cenicero y dos sillas.

—Volvemos a la escena del crimen.

Johnny y yo nos sentamos en esas sillas muchas veces. Allí consumimos licores excelentes y, en el proceso, recibimos algunos castigos severos.

—Tuvimos buenos momentos aquí abajo.

—Es cierto. Manos a la obra. Los Château Lafite del 59 estaban en algún estante retirado, si mal no recuerdo —dijo Johnny.

Volví al anaquel más distante, que debía de tener más de cien botellas. Eran Château Lafite de varias cosechas. Dedicamos al menos quince minutos a mirar una botella tras otra, pero las de 1959 que queríamos no estaban entre ellas.

—Demonios —dijo Johnny—, es lo que temía. Parece que finalmente tendremos que consultar a Stanley. Esperaba simplemente verificar que estuvieran allí y que eso fuera el fin de todo. Me temo que no hay descanso para los malvados.

—Muy bien, empecemos a explorar las estanterías mientras podamos.

Desandamos nuestros pasos hasta llegar a los estantes que Harry construyó.

Había varias cajas de almacenamiento en la sección de Alice, así como pilas de revistas, periódicos y folletos de una casa de subastas. Robert había avanzado sin desviarse, pero se detuvo y se levantó sobre sus patas traseras para olfatear y mirar más de cerca una caja en la segunda fila.

—Johnny, ¿por qué no empiezas con esa, mientras yo me ocupo de esta?

—Puede ser. A Robert le gusta esta.

Bajé mi caja y levanté la tapa. Estaba llena de sobres, en su mayoría folletos de museos y de subastas, invitaciones y correspondencia con Alice.

—¿Realmente crees que nadie ha revisado esto?

—Pensaría que no, pero no estoy seguro. Podríamos llevar las cajas arriba y mirar lo que hay en algunas de ellas para ver si realmente necesitamos revisar todo el lugar. Oye, mira lo que tengo aquí.

La caja de Johnny contenía un paquete cuadrado más pequeño, envuelto en papel marrón y atado con una cuerda. Sacó una navaja, cortó el cordel y empezó a desenvolverlo.

Robert también mostraba interés. Metió la nariz en la caja y empezó a gemir.

—Atrás, perro sarnoso. Déjame ver esto.

Dentro del paquete había una caja de cartón en la que se guardaba un objeto abultado, envuelto en una tela de algodón. Johnny la desenrolló y apareció una figura desgastada de piedra oscura. Robert tomó la envoltura y comenzó a sacudirla como si estuviera matando a una rata.

—No tengo ni idea de qué pueda ser. Es extraño que esté aquí abajo —dijo Johnny—. Puede haber más cosas escondidas, así que, ¿por qué no tomas una caja? Yo haré lo mismo y subimos. — Devolvió la estatuilla—. Le pediré a Stanley que lleve el resto al piso de arriba, donde tendremos espacio para revisar.

Los tres subimos las escaleras, Robert Bruce a la retaguardia, con el envoltorio todavía en sus mandíbulas.

Llegamos al vestíbulo y Johnny descargó su caja.

—Llévate esto arriba, si puedes, mientras voy a hablar con Stanley.

Tomé la caja adicional. Esto era típico de nuestra relación, pero no me importaba. Teníamos toda la tarde y no había nada como un misterio para despertar la imaginación.

---

**M**e las arreglé para subir las dos cajas por la escalera sin dejarlas caer. Luego de una pausa para respirar, decidí que podría bajar por unas cuantas más en lugar de esperar a que las trajeran. Después de varios viajes solitarios desde el sótano hasta el piso alto de la casa, había reunido seis cajas. Las tenía en fila, contra la pared del fondo, como si estuviera haciendo un análisis forense o preparando un argumento para un caso importante. Me alegré de poder organizar la investigación desde el principio. Un ejemplo claro de la diferencia entre Johnny y yo era lo que estaba haciendo ahora.

Yo creía en los resultados de una preparación meticulosa, mientras que Johnny se inclinaba por evitar lo que consideraba como trabajo innecesario. Él aportaba su esfuerzo cuando era preciso, pero su grandeza estaba en otra parte. Sus fortalezas se concentraban en la actuación, la presentación, en su pasión y su habilidad para lograr que otros hicieran aquello que consideraban por debajo o más allá sus capacidades. Era un maestro de la persuasión. Cuando era niño lo admiraba, aunque también le tenía celos.

La vida parecía muy fácil para él, mientras que yo tropezaba constantemente. Cuando las cosas se volvieron insoportables, escapé. Por supuesto, la vida nunca es sencilla para nadie, ni siquiera para Johnny Dodge, pero me llevó años entenderlo.

Me dejé caer pesadamente en la silla. Mis pensamientos se habían desviado hacia lo que consideraba mi lugar oscuro. Habían

pasado meses desde la última vez que me sumí en la autocompasión y la depresión. Como siempre, la razón fue la quiebra.

Aunque Johnny y yo estuvimos muy unidos mientras crecíamos, hace algunos años nos vimos obligados a separarnos. La culpa fue totalmente mía.

Nos habíamos graduado de la universidad y asistimos juntos a la escuela de posgrado; él hizo el suyo en Economía y yo en Análisis Financiero. Un día, al calor de unos tragos, Johnny y yo decidimos crear una sociedad. Nuestro ascenso fue espectacular. Yo hacía los análisis y Johnny se encargaba de las operaciones y manejaba a los inversionistas. Apalancamos todo y, después de cinco años, estábamos boyantes. Habíamos amasado una fortuna, no muy grande, pero sí importante.

El verano siguiente viajé a Europa por capricho, mientras que Johnny se quedó al frente de los negocios.

En Francia encontré un castillo junto a un lago, con jardines y un pequeño viñedo. Estaba a la venta, era barato y yo lo quería. Entonces, me di cuenta de que tenía la oportunidad de ser propietario de algo que podía compararse con los esplendores que me rodearon mientras crecía. Volé de regreso al día siguiente, decidido a hacer realidad ese sueño.

Era cierto que con mi parte de la firma yo tenía el dinero para adquirir la propiedad en ese momento, pero Johnny y yo habíamos establecido una regla: no retirar dinero del negocio. Si necesitábamos efectivo, lo conseguíamos por nuestra cuenta. Me faltaban apenas unos pocos buenos negocios para alcanzar mi sueño. Me puse a trabajar y se me ocurrió un plan infalible. En ese momento la soya era una materia prima prometedora, y nosotros la aprovecharíamos.

Convencí a Johnny de que los granos aumentarían significativamente su valor. Él estuvo de acuerdo y realizó las

operaciones, pero justo después de completar nuestras órdenes de compra, el precio de la soya comenzó a colapsar. Advertí a Johnny que algo marchaba mal y que deberíamos abandonar inmediatamente el negocio. Johnny ofreció las órdenes de venta, pero, antes de que pudieran procesarse, la soya había alcanzado un precio tan bajo que el producto ya no podía comercializarse según las reglas de la bolsa.

Al otro día, la soya no se comercializó ni tampoco al próximo ni al siguiente. Cada día el precio caía al límite y nuestras órdenes de venta seguían en blanco. Cada día desaparecía el quince por ciento de nuestro patrimonio neto. Yo era el culpable. Lo sabía. Estaba pagando el precio de un deseo egoísta.

Al cuarto día me encontraba borracho en un bar. Contaba mi historia de aflicción a cualquiera que quisiera escucharla. Finalmente, me pidieron que me marchara. En el camino de regreso a mi apartamento, esa tarde, hice un trato con Dios y le prometí que, si la soya se transaba, dejaría el negocio. Pero los granos no se comercializaron ese día.

Al quinto día decidí que abandonararía la sociedad, con Dios o sin él. Justo en el momento en que le anunciaba mi decisión a Johnny, en su oficina, la soya se vendió. Todos nuestros pedidos se tramitaron en un instante. Sin embargo, habíamos sufrido una disminución catastrófica de nuestro patrimonio.

Como una crueldad del destino, el precio de soya se revirtió rápidamente poco después, solo que ya no estábamos en el mercado. El tren con destino a la riqueza partió sin nosotros a bordo. Nuestras operaciones habían tocado la cima y el fondo del mercado. Para mí, el momento era una señal. Todo lo que me quedaba por hacer era empacar las cosas de mi oficina.

Johnny trató de consolarme. Me dijo que solo necesitaba regresar al ruedo. Él decía estas cosas, pero yo sabía que su confianza

en mí se había resquebrajado. Le dije que no me quedaba nada por qué luchar y que nuestro negocio había terminado para mí. Bajé tres kilos en cinco días.

En mi mente, tuve mi oportunidad y la desperdicié por completo.

Una cláusula en nuestro acuerdo estipulaba que, ante una disminución de más del cincuenta por ciento del capital en un solo trimestre, devolveríamos todos los fondos a los inversionistas y disolveríamos la sociedad. Por fortuna, los inversores solo éramos Johnny, unos pocos clientes y yo. Utilicé la parte restante de mi patrimonio para restituirles su parte de acuerdo con su última declaración, evitando cualquier posibilidad de líos legales. Me quedó un poco, pero no mucho.

Le estreché la mano a Johnny, murmuré mis más sinceras disculpas y tomé el primer vuelo que me sacara de Nueva York, que resultó tener a Los Ángeles como destino.

Pasaron meses antes de sobreponerme anímicamente. Mi dinero, lo que quedaba de él, desaparecía rápidamente. Decidí resurgir en un nuevo campo: el de la contabilidad forense. Empecé desde mi apartamento rentado. Poco a poco, comencé a salir a flote y en pocos años conseguí varios clientes, en especial bufetes de abogados que necesitaban mis servicios. Alquilé entonces una oficina apropiada. Comencé a elevar los precios para deshacerme de los pocos clientes que me molestaban, aunque muchos de ellos ofrecían seguir pagando lo que les pedía e incluso más. Seguí adelante con mi negocio.

De vez en cuando leía sobre Johnny en los periódicos. Se había unido a su padre en Dodge Capital.

Fue solo hace un año que Johnny y yo nos encontramos luego del desastre económico. Yo había viajado a Nueva York para ver a un cliente y me topé con él en el bar King Cole del St. Regis. Nada

había cambiado. Seguía siendo el mismo: extravagante, brillante y persuasivo.

Cualquier envidia o resentimiento que yo hubiese albergado hacia él se había evaporado para entonces. Había llegado a aceptar mis propias limitaciones, pero lo más importante fue que comprendí que otros luchaban de la misma manera, aunque ante diferentes problemas. Él todavía me consideraba su amigo y eso fue un alivio. Nunca me culpó por lo sucedido y por eso le tendría siempre en alta estima.

Suspiré y miré alrededor de la sala de estar. Estaba otra vez en el último piso, sentado en el sofá. Las nubes oscuras en mi mente se habían desplazado y el sol parecía brillar de nuevo. Me maravillaba estar en Rhinebeck. Había pensado con toda seguridad que nunca vería de nuevo este lugar, pero aquí me encontraba. Johnny y yo habíamos iniciado un nuevo capítulo, y eso era algo bueno.

Miré las cajas que tenía frente a mí. Necesitaba ocuparme con algo. Mis oscuros pensamientos podrían retornar tan rápido como se habían disipado, a menos que mantuviera mi mente puesta en otros asuntos.

Tomé un bloc de notas de mi maletín y empecé a catalogar y separar los cientos de piezas de correspondencia de las publicaciones periódicas, los folletos de la casa de subastas y lo que parecían manuscritos que algunos colegas le enviaron a Alice para que los revisara.

Había pasado por tres cajas cuando encontré algo que podría ser útil: un sobre de manila enviado por Alice a un tal M. Thoreau, para ser entregado personalmente en el Hotel Carlyle. El sobre había sido devuelto, marcado como no recibido y tenía una fecha de matasellos cercana a la de su muerte. Consideré abrirlo, pero pensé que Johnny debería estar presente. Él se estaba tardando demasiado con Stanley y, en esta casa, lo sabía por experiencia, no era buena idea quedarse



solo por mucho tiempo. Gran parte de este sentimiento se debía probablemente a nuestra imaginación hiperactiva mientras crecíamos. De todos modos, Johnny y yo sentíamos muchas veces que había más cosas a nuestro alrededor de las que podíamos ver. Con frecuencia tuve pesadillas mientras dormía aquí.

Mis temores innombrables y mis problemas de sueño me siguieron hasta la costa oeste. Así que decidí dominar los miedos nadando en solitario en el océano después de que oscurecía. En las aguas profundas de la costa de California, en ocasiones me sentía elevado por la masa de agua, desplazado por algo grande que cruzaba por debajo en la oscuridad. Hacía falta autocontrol y un gran esfuerzo para no dejar de contar las brazadas y mantener un ritmo moderado, y evitar así que mi imaginación me dominara y comenzara a gritar, estremecido de pánico ante la idea de lo que rondaba debajo.

Estos intentos de fortaleza mental resultaron parcialmente exitosos. La oscuridad y los mismos temores innombrables se mantenían y siguieron siendo enemigos que acechaban justo por fuera de mi visión, como los depredadores desconocidos de las profundidades que revelan su presencia, aunque sea indirectamente. La rutina y un ritmo preciso eran las únicas anclas y salvavidas mientras trataba de apaciguar mi desaforada imaginación. Fue gracias a la disciplina y el esfuerzo que resistí cada día, y no por desterrar mis terrores al abismo sin nombre del que provenían.

Me estremecí. El sobre que tenía en la mano era definitivamente de Alice. Podría significar algo o nada. No sabría decirlo.

Alice y yo compartíamos un lazo, pero eso fue hace mucho tiempo. En el intento de recomponer mi vida, había aplazado muchos recuerdos y deudas que tenía con personas que me ayudaron en el pasado, Alice entre las más importantes. Sin su sexto sentido, estaría muerto. Lo había olvidado por completo.

Alice había sido una presencia vigilante mientras crecíamos, pero, a pesar de su atención, las cosas extrañas encontraban la forma de hacerse presentes.

El juego de escondite era uno de los favoritos de la casa y en él participábamos tanto los adultos como Johnny y yo. Alice jugaba cuando estaba allí, lo mismo que los padres de Johnny. Era un entretenimiento obligatorio para los huéspedes.

Las reglas eran simples. Uno de los jugadores buscaba y todos los demás se escondían. El buscador se elegía al azar.

Después de una hora, que anunciaba el reloj del vestíbulo, el juego había terminado. Los jugadores que no hubiesen sido encontrados eran declarados ganadores. El campo de juego se extendía por toda la casa, excepto los aposentos de los sirvientes. A los ganadores adultos se les concedía una bebida de su elección, mientras que Johnny y yo recibíamos una taza de chocolate caliente. El juego comenzaba después de nuestra cena y antes de la hora del coctel para los adultos.

El buscador debía permanecer en el salón hasta que el reloj de la recepción sonara. Entonces, podía empezar la cacería. Recuerdo que Alice siempre advertía que nadie debía permanecer oculto más de los sesenta minutos reglamentarios y tenía que reportarse al salón inmediatamente o sería descalificado.

A medida que crecíamos, solo jugábamos Johnny y yo, sin una hora establecida de inicio, aunque preferíamos hacerlo al oscurecer, porque la casa era más aterradora en la noche. Suprimíamos algunas reglas e inventábamos otras, pero la de la duración del juego la conservamos siempre.

En una ronda que jugamos poco antes de la llegada de la señorita Ponchikov, yo era el que se escondía y había logrado entrar en el cuarto de almacenamiento de equipajes, situado en la parte superior del ala de servicio. Aunque no estaba en un área por fuera de los

límites del juego, tampoco entraba claramente dentro de las reglas establecidas. Por lo general, la habitación estaba cerrada. El reglamento declaraba, sin lugar a equivocaciones, que los aposentos de los sirvientes estaban fuera de los límites, pero el cuarto de las maletas, aunque en el ala de estos, técnicamente no se ajustaba a la norma, puesto que allí no vivía ninguno de ellos. Al menos, esa fue mi lógica en ese momento.

¿Estaba haciendo trampa? «No», pensaba entonces. Además, quería ganarle al menos una partida a Johnny y estaba seguro de que ese lugar me lo permitiría. Incluso, podría paralizarlo del susto si yo abriera un baúl desde adentro y gritara mientras él se acercaba.

El cuarto de equipajes guardaba más valijas que una bodega. Había docenas de maletas y baúles en todas las formas y tamaños. Dos bombillas con rejas metálicas, suspendidas del techo, iluminaban el cuarto.

Un gran baúl, separado de los demás, parecía particularmente prometedor. Tenía casi dos metros de largo, un metro de ancho y otro metro de profundidad. Los lados eran de cuero negro sobre una madera dura de algún tipo. En todas las esquinas había herrajes metálicos, oscurecidos por el tiempo. Todos los bordes estaban cubiertos por franjas de bronce mate, que rodeaban también el baúl a lo largo y ancho.

El mecanismo de bloqueo estaba hecho de un metal distinto del latón, quizás acero endurecido, y parecía particularmente sólido.

La cerradura constaba de dos secciones. Una parte con bisagras que se mantenía plana al cerrarse, conectada a otra parte inferior que la albergaba. La llave estaba dentro, unida por una cadena a un ojal. Esta podía retirarse y la cadena se sujetaba a un anillo para protegerla durante los viajes. Desenganché la cadena y examiné la llave de cerca. No era común. Era una obra de arte, complicada, finamente cortada e intrincada. Nadie sería capaz de forzar esta

cerradura fácilmente. Este baúl mantendría a raya al ladrón más resuelto, aunque dispusiera de todo el tiempo del mundo para abrirlo.

Después de insertar la llave de nuevo y girarla, la tapa se abrió suavemente y dejó ver las bisagras ocultas. La parte superior y los lados estaban forrados con raso blanco acolchado, sostenido por cientos de pequeños taches de latón, clavados de acuerdo con un patrón regular. El fondo era del mismo raso blanco, pero sin acolchado.

Al entrar, sentí como si estuviera trepando a un ataúd. Dudé mientras me sentaba, antes de bajar la tapa. ¿Y si de algún modo se cerraba? Decidí ser muy cuidadoso al bajarla y, justo antes de hacerlo, recordé que todavía tenía la llave en la mano y que las luces estaban encendidas; una manera obvia de delatarme. Pensaba en esto cuando escuché un sonido que parecía llegar del pasillo de afuera. Rápidamente salí, me acerqué sigilosamente al interruptor y apagué las luces. Tanteé a oscuras mi camino de regreso y entré de nuevo al baúl.

Me levanté y bajé la tapa. Se cerró más rápido de lo que esperaba, con un ligero golpe seguido de un clic, que rápidamente fue absorbido por el acolchado del baúl. ¿Fue la cerradura lo que hizo clic? Me asomé por lo oscuro que estaba. Abrí y cerré los ojos. No podía notar la diferencia. ¿Y la llave? Intenté recordar si la había dejado en la cerradura antes de entrar. Empujé la tapa. No se movió. Busqué la llave en el estrecho espacio del que disponía. A pesar de mi creciente pánico, pude pensar claramente que no tener la llave era más prometedor que encontrarla. De todos modos, me tomó una fracción de segundo pasar de un juego infantil a un peligro mortal.

Me gustaría pensar que me comporté de manera admirable, pero no lo hice. El miedo me invadió cuando comencé a sentir dificultad

para respirar y, entonces, entré en un verdadero estado de pánico. Grité. Grité una y otra vez, pero mis gritos se apagaban en el espacio confinado y solo parecían empeorar mi situación. Supe que no pasaría mucho tiempo antes de quedarme sin oxígeno y que me asfixiaría hasta morir; años más tarde hallarían mi cadáver momificado o, quizás, nunca lo encontrarían. Todo lo que pude hacer después de esa conclusión fue lamentarme.

Comenzó entonces un diálogo peculiar dentro de mi mente, entre una lógica fría, de un lado, y el pánico, del otro. Me veía a mí mismo llorando y gritando. Con voz tranquila, pensaba: «Esto es lo que se siente al morir. Creía que la muerte sería extremadamente dolorosa y terrible. No parece así. Soy demasiado joven para morir, pero eso es lo que va a pasar, qué desperdicio».

Mientras una parte de mi mente permanecía tranquila, la otra atravesaba interminables ciclos de esperanza, miedo, lágrimas y desesperación iracunda por lo inminente de la muerte. No sé cuánto tiempo llevaba en el baúl cuando, de repente, la tapa se abrió, y allí estaban Alice y Johnny mirándome. No estaba seguro de cómo me encontraron o, incluso, de si eran reales, pero ahí estaban.

Apenas me sentía vivo. Me sacaron de allí, me dieron un poco de brandy y me llevaron a la cama.

Más tarde, tuve que explicar exactamente cómo hice para ponerme en una situación tan peligrosa. Les dije que no tenía ni idea, pero prometí no ser tan estúpido en el futuro. Nunca había visto a Alice enfadada, pero esa vez lo estaba. Dijo que ella debería haber cerrado el baúl y guardado la llave. Los padres de Johnny, así como toda la familia, estaban fuera de sí. Me salvé por muy poco.

Más tarde, me acosté en mi cama. Johnny entró en la habitación y se sentó a mi lado. Se veía un poco pálido.

—Eso estuvo cerca. No tenía ni idea de dónde estabas. —  
Respiraba con fuerza.

—Soy un experto en ganar y perder al mismo tiempo. Me encerré en un baúl. ¿Cómo puede ser alguien tan estúpido?

—Bastante estúpido —dijo riéndose.

—¿Cómo sabías que estaba allí? —pregunté riendo yo también.

—Fue Alice. Yo estaba buscando arriba cuando me di vuelta y ahí estaba ella. Me preguntó qué hacía. Le dije que jugábamos al escondite. Fue algo bastante raro. Parecía molesta y comenzó a revisar rápidamente toda la casa, habitación por habitación, y luego se dirigió al alojamiento de los sirvientes. La seguí mientras avanzaba hacia el cuarto de los equipajes. Abrió la puerta, vio el baúl y te aseguro que soltó varias palabras de grueso calibre. La llave estaba en la cerradura, así que la abrió y ahí estabas tú. Te veías horrible.

—Sí, me sentí muy mal y estuve muy seguro de que ese sería mi final. Realmente pensé que iba a morir. En serio.

—Tenías esa mirada de haber vivido un milagro con tu rescate. Hubiese estado tan enojado contigo... No tienes ni idea. Por cierto, la tía Alice dijo algo más en voz baja: que no era la primera vez que el baúl encerraba a alguien dentro. El momento fue espeluznante. No tenía ni idea de qué decir, así que me callé.

—¿No le preguntaste a qué se refería?

—¿Estás bromeando?

—No, no. Hiciste lo correcto. Es mejor dejarlo pasar.

Nos sentamos allí, contentos de acompañarnos. Finalmente, dije:

—Supongo que no jugaremos al escondite por un tiempo...

—Eso parece.

Durante las vacaciones, las actividades relacionadas con el juego del escondite fueron severamente restringidas y reemplazadas por distintas tareas domésticas.

Eso fue hace mucho tiempo, pero el incidente pudo haber sido ayer. Luego de haberlo olvidado durante tanto tiempo, recordé con

mucha claridad todo lo sucedido. Me levanté y me dirigí a la planta baja.

Entré a la cocina, en donde Dagmar preparaba su té.

—Están en la oficina de Stanley, la última puerta a la derecha. —Me indicó.

—Gracias —le respondí.

Caminé por el pasillo hasta una puerta abierta. Adentro estaban Johnny y Stanley, junto a Robert Bruce. Bebían y charlaban amigablemente, *whisky* puro, según podía ver y, con seguridad, más de una copa, porque las raíces escocesas de Stanley eran muy evidentes y Johnny tenía una sonrisa en la cara que parecía imborrable. Robert estaba acostado con la cabeza sobre las patas, con expresión pacífica.

—Ah, ahí estás —dijo Johnny—, acompáñanos. Iba a buscarte, pero no pude despegarme de la silla.

—Sí, por favor —reafirmó Stanley y me ofreció un asiento. Se giró de espaldas hacia mí mientras vertía cinco centímetros del líquido ámbar en un vaso de cristal tallado.

—Pruebe esto a ver qué le parece —dijo, pasándome el vaso.

Tomé el vaso y olfateé. El olor era celestial, si el cielo tuviera un aroma ligeramente ahumado.

—Noventa de gradación, de la destilería de su familia —aclaró Johnny—. ¡Condernadamente maravilloso!

Me senté y tomé un trago. Mi descubrimiento y mis preguntas se evaporaron en una nube de dichosa satisfacción.

—Realmente maravilloso, Stanley —dije mientras levantaba mi vaso.



Tomé otro trago y, como por arte de magia, yo también estaba sonriendo.

—¿Celebramos algo?

—Sí, claro —dijo Johnny—. Stanley nos cubrió la espalda nuevamente. Es más, nos salvó hace años, solo que nunca lo supimos. Díselo, Stanley.

—Bueno, le estaba contando a Johnny cómo descubrí que ustedes se tomaron las dos botellas del Lafite 59. Verán, las dejaron en la mesa de la cava, muchachos traviesos —dijo agitando su dedo índice hacia nosotros—; no puedo dejar de admirar su buen gusto.

»También le decía a su cómplice que yo no nací ayer. Nosotros, en el servicio, sabemos cómo van las cosas. Algunos jóvenes idiotas toman una botella cara y el mayordomo tiene que reemplazarla de alguna manera.

Miró directamente en nuestra dirección.

—Vi cómo estaban las cosas y pensé que haría una buena acción para todos. En mi opinión, la cosecha Lafite del 61 es, por encima de cualquiera, la mejor opción, superior a la del 59, aunque algunos se inclinarían a discrepar. Allá ellos. Pocos, como yo, han tenido la oportunidad de elegir entre las dos.

»Despegar con vapor las etiquetas de las botellas vacías y aplicarlas a dos del 61 que teníamos en ese momento fue un trabajo rápido y sencillo.

»Verán, la del 59 era la cosecha que todos bebían, esperando que la de 1961 fuera un éxito. Por eso estos vinos se volvieron tan raros. Fueron muy buenos, pero, definitivamente, ocupan un segundo lugar cuando se comparan con los de la cosecha del 61. El 61 envejeció deliciosamente bien y probablemente puede mejorar más... Pero me estoy saliendo del tema.

—Él los prueba. ¿Puedes creerlo? —dijo Johnny—. De vez en cuando le entran deseos de ver cómo va el vino. Con razón ama este lugar. Está sentado sobre un tesoro para un amante del vino.

—Bueno, es verdad. No podría perdonarme si se necesitara un vino espectacular para impresionar a un invitado y la realidad no cumpliera las expectativas. La única forma de saberlo es probarlos de vez en cuando. Dagmar, bendita sea, se esfuerza en una cena dominical con un rosbif y lo acompañamos con el sabor de un Haut Brion o un Latour. Algunas cosechas las tuvimos que consumir en su totalidad porque se pasaron de punto. La mayoría de la gente hoy en día no ha tenido la oportunidad de beber un Burdeos añejo de la calidad disponible en esta cava. Esos momentos preciosos son raros. La cena será un gran éxito, estoy seguro.

—Bueno, Stanley, te lo agradecemos. Eres un santo —dijo Johnny.

—Es un placer. Ahora, usted mencionó que quería mover algunas cajas.

—No es necesario —contesté—. Quería hacer ejercicio, así que las subí a nuestro piso. Johnny, quizás deberías explicarlo.

Stanley miró expectante a Johnny.

—Ah sí. Pensamos revisar algunas de las cajas de correspondencia y las revistas, y tirar lo que no valga la pena guardarse o archivar.

—Ya veo —respondió Stanley—. ¿Y están haciendo esto porque...?

Johnny se detuvo.

—Creo que la curiosidad es una razón tan buena como cualquier otra. No conocíamos muy bien a la tía Alice. Éramos demasiado jóvenes. Después de su fallecimiento, su vida y las circunstancias de su muerte se convirtieron en temas de los que mis padres no querían hablar. La conocíamos, por supuesto, pero no realmente. No

éramos lo suficientemente mayores para entender su vida, particularmente su contexto y complejidad. Ahora, que somos adultos, nos gustaría saber más. Quisiéramos oír su historia.

—Ya veo. Permítanme pensar en esto por un momento, por favor.

—Por supuesto —contestó Johnny.

Stanley apartó su silla y miró por la ventana. Nosotros esperamos. La ventana daba al prado que se extendía hasta el bosque, oculto a la vista por la niebla. Parecía que estuviera tomando una decisión sobre algo. Después de un minuto, se volvió hacia nosotros.

—Les ofrezco disculpas, pero tenía que tomar una decisión que me llevó algún tiempo. He trabajado para esta casa durante muchos años. Su tía fue quien originalmente me contrató. Durante este tiempo, he tenido conocimiento de muchas cosas, no todas ellas agradables. Todos hemos actuado de maneras que cuestionan las buenas opiniones que tenemos de nosotros mismos. Dicho esto, ella era una mujer maravillosa, que llevaba una vida extraordinaria. Vi algunas cosas, pero no todo.

»Me preguntaba qué querría ella que yo hiciera... Que les contara su historia o no.

»La verdad es que nunca le importó lo que la gente pensara de ella. Marchaba al ritmo de su propio tambor y tendía a esquivar las convenciones. En vista de esto, mi decisión es difícil. Debo revelar muchas cosas oscuras para que puedan apreciar lo verdaderamente deslumbrante y excepcional que era ella. Nadie, aparte de mí, conoce su historia, y eso es una pena.

—Entonces, ¿estás de acuerdo? —preguntó Johnny.

—Sí. Lo que me gustaría, con su permiso, es que nos sentemos después de cenar para que escuchen lo que sé. Además, preferiría que esto quedara entre nosotros, por razones que se harán obvias.

Johnny se levantó y dejó su vaso.

—Stanley, eso suena excelente. Mientras tanto, dejaremos que sigas con tus cosas y te agradecemos mucho.

Le di las gracias también y acompañé a Johnny por las escaleras de atrás hasta el dormitorio, en lugar de pasar por la cocina y molestar a Dagmar. Llegamos a la parte superior de la casa, donde yo había dispuesto todas las cajas.

—Como en los viejos tiempos —dijo Johnny mientras las miraba.

—Sí, pensaba lo mismo.

—Percy, no pretendía recordarte...

—No te preocupes. Ciertamente, no estoy quebrado y puedo hablar de mi partida y todo eso, así que siéntete libre de decir lo que tengas en mente. No me siento frágil, a pesar de lo que sugieran las apariencias.

—Me alegra oírlo —dijo Johnny mirándome de cerca—. Por mi parte, me gustaría decir que el tiempo que trabajamos juntos fue el más feliz que yo haya vivido. No tienes idea de lo contento que estoy de verte y de lo mucho que te extrañé. Quiero decir, ¿con quién puedo hablar realmente? No ha habido nadie más.

Johnny se dio la vuelta. Pude ver que hacía un esfuerzo para sosegar sus emociones. Entonces preguntó:

—Bueno, ¿qué es lo que tienes aquí?

—Ya te mostraré, pero, primero, gracias por decir eso. Yo siento lo mismo, aunque es mejor que dejemos ese tema para más tarde, cuando tengamos más tiempo. ¿Tal vez también me digas la otra razón que tienes para que yo esté aquí?

—Ya lo veremos, por el momento prefiero olvidar mis problemas hasta mañana.

—De acuerdo; volvamos a las cajas —dije cambiando de tema—. Las subí y las revisé de forma superficial, sacando la correspondencia y viendo lo que había allí.

Recogí mi libreta de notas y la consulté.

—Había varias solicitudes, después de su fallecimiento, para que revisara trabajos de investigación, unas cuantas invitaciones y el resto eran cosas impresas, como catálogos, publicaciones periódicas y similares. No había facturas ni información financiera. Asumí que esas cosas las sacó el señor Dodge. Lo que había de interés eran la estatuilla, que atrajo tanto la atención de Robert, y esto.

Le pasé el sobre.

—Verás que tiene fecha de matasellos justo antes de su muerte y que fue devuelto como no recibido. Está escrito a mano. Pensé que podrías ser tú quien lo abriera.

—Interesante —dijo Johnny examinando el sobre—, nunca oí hablar de un tal M. Thoreau. ¿La leemos? Te pasaré cada página apenas termine y luego veremos dónde estamos.

Johnny se sentó en el sofá y abrió el sobre. Esperé a que terminara la primera página de la carta. Me la pasó.